

CAOSOPOLIS

*Apuntes para tratar de entender la rutina de
las ciudades mexicanas*

Ramón Ramírez



Ramón Ramírez, es Doctor en Filosofía con Orientación en Arquitectura y Asuntos Urbanos por la UANL.

Es también egresado de la carrera de Historia en la misma institución y Maestro en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional.

Ha sido Premio a la Mejor Tesis de Humanidades de la UANL y Premio Nacional de Investigación Raúl Rangel Frías.

Ha publicado constantemente en diferentes medios —divulgación y académicos— desde el Diario Reforma en México D.F., hasta publicaciones universitarias o de la Comisión Estatal Electoral.

En Caosopolis propone una forma de comprender la ciudad mexicana a través de una sociología cultural atenta a los actores emergentes del urbanismo global desde conceptos como paisaje urbano, gobernanza y espacio público.



OFICIO



83-95307-89-7

CAOSOPOLIS

*Apuntes para tratar de entender la rutina de las ciudades
mexicanas*

Ramón Ramírez

OFICIO

Editor:

Arnulfo Vigil

Producción:

Rocío Maybe Montalvo

Primera Edición: Noviembre del 2012

© Ramón Ramírez

ISBN: 83-95307-89-7

© OFICIO EDICIONES

Aramberri 311 Ote.

Centro 64000

Monterrey, N.L.

México

Tel. (81) 88 82 01 21

E mail: arnulfovigil@yahoo.com.mx

Versión electrónica gratuita autorizada por el autor
para fines educativos

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

Índice

5/ Prólogo

6/ Introducción

8/ Multiculturalismo y ciudad:
una reflexión sobre el espacio urbano

15/ Democracia, ciudadanía y narco cultura:
Mediación e identidad en la hipermodernidad mexicana

26/ Cuerpo y paisaje urbano en la ciudad contemporánea

35/ Nuevas reglas para los medios de comunicación en los procesos electorales:
Anatomía de reglas inconclusas

48/ Ciudadanía, redes sociales y gobernanza: elecciones 2012

Prólogo

La ocasión de prologar un texto que busque aventurarse en los dilemas de las ciudades contemporáneas y más aún, en las problemáticas ciudades mexicanas, es un ejercicio de riesgo cuando se dejan atrás los marcos tradicionales que condicionan las maneras en que acostumbramos acercarnos a las áreas de diseño o planeación urbana.

Ramón Ramírez, catedrático e investigador de amplia trayectoria universitaria a pesar de las apariencias no muy solemnes, “prueba de que el hábito no hace al monje”, emprende una aventura intelectual que espero no desmerecer en estas breves líneas que llevan por objetivo mostrarle al lector algunas de las rutas que emprende el autor en la búsqueda de un aspecto poco considerado en los análisis de procesos urbanos: el significado del hacer ciudad.

La primera obra, consiste en una reflexión muy provocativa sobre el sentido de la ciudad y los avatares de la discusión moderno versus posmoderno considerando el factor multicultural para entender las nuevas realidades urbanas.

El segundo texto, extiende dicho marco reflexivo de lo multicultural y se dirige a un tema que en general ha sido muy poco tratado en el ambiente académico mexicano: la política cultural, el espacio público y la aparición de una narcocultura desde la mediación antropológica.

El clímax de esta obra, en ascenso, se dirige al tercer ensayo *Cuerpo y paisaje urbano en la ciudad contemporánea*, en cuyo desarrollo encontramos otra novedad, el tratamiento de la representación del cuerpo como sujeto urbano en relación a la fragmentación social de las nuevas metrópolis. Texto que concluye con una visión que el autor en múltiples charlas y coloquios extiende a la realidad urbana mexicana en términos de tragicomedia social.

Los últimos dos ensayos, partícipes en foros de reflexión sobre comunicación y gobernabilidad, se agregan a una interesante propuesta de análisis que empieza a encontrar eco en las universidades latinoamericanas a través de la discusión sobre espacio público, gobernanza y capitales sociales que espero siga contando con la buena recepción que actualmente tiene en muchas escuelas e institutos de arquitectura y urbanismo.

Espero que el lector encuentre en estas líneas un buen pretexto para comenzar un viaje intelectual muy emocionante, dada la naturaleza poco explorada del tema, las abundantes referencias y el estilo, a veces irónico y muy sarcástico con que Ramírez dota a su prosa del interés para una nueva generación que no sólo se conforma con saber, sino que busca el ingrediente necesario que traza una línea del urbanismo hacia la sociedad, el hacer ciudad en su significado más activo y político.

María Teresa Ledezma

Introducción

Parece que fue ayer cuando Josep Muntañola hace quince años me decía con una voz un tanto reseca, después de hablar durante un buen rato sobre topogénesis ante un nutrido salón en la ciudad de Guadalajara, lo sorprendente que le parecía la arquitectura y el urbanismo local.

A simple vista, podría parecer que voy a comenzar este recorrido textual con uno de esos muchos elogios que buscan convertirse en fuentes de atracción para posibles mecenazgos, pero nada está más alejado de la realidad tanto de mis intenciones como de la crítica del maestro, del que aún conservo en un legajo, entre mis papeles de archivo, sus irónicas meditaciones malévolas con las cuales provocaba e invitaba a un pasivo auditorio a entender el espacio urbano y arquitectónico en términos de “lugar”.

Esa amena charla, en la cual Muntañola un poco exaltado movía las manos en señal de no entender nada de lo que veía en las ciudades mexicanas, despertó en un joven y lego estudiante, la inquietud por observar por que le parecían tan incomprensibles al docto e interesante teórico de la arquitectura catalán nuestras estrategias morfológicas y su imagen urbana asociada.

¿Cómo es posible que un país con un Premio Pritzker y una eminente tradición vernácula tenga al mismo tiempo una visión tan simplista y monótona del paisaje urbano? Esa pregunta quedó postergada unos años, pero siempre estuvo pendiente la deuda intelectual contraída y en cierta manera, estas páginas son el fruto de esa primera lección que a pesar de los sucesivos estudios y diferentes momentos académicos dentro de la investigación científica formal, hoy puede encontrar la primera salida bajo la forma de exposición por la cual tengo una especial predilección: el ensayo.

Actualmente el ensayo, ha dejado de ser un mero instrumento de especulación bajo el cual la filosofía positivista, se encargaba de normar la separación del pensamiento científico por medio del realismo epistemológico y la abstracción. El giro narrativo de las ciencias sociales ha propiciado un cambio en esta perspectiva, pues el ensayo es también una explicación acerca del proceso de comprensión del objeto desde su cercanía al carácter subjetivo del propio observador, las condiciones de dicha subjetividad y como señalan nuevas investigaciones narratológicas, se convierte también en una forma genuina y original de adaptación de la inteligencia.

En términos de contenido, este libro tiene una coherencia temática en tres aspectos: la ciudad como forma cultural, el espacio público como sistema de representación y la comunicación como elemento de indagación conceptual. El multiculturalismo, los factores de gobernabilidad, la imagen pública y los procesos urbanos, son abordados desde una antropología de la mediación, es decir, construcciones como la ciudadanía, la nación, la modernidad, son formas de sentido y por lo tanto, intentos de crear una forma reflexiva para comprender nuestra particular relación con el espacio, en especial, el público.

Creo que ahí se encuentra —en los procesos de mediación— precisamente, ese gesto tan paradójico e incomprensible para muchos artistas e investigadores europeos, al plantearse la realidad urbana de Latinoamérica. Realidades transterradas y soterradas, reinventadas y convulsivas, esquizofrénicas y homeostáticas en un mismo espacio, una dura prueba para el racionalismo y algunas formas blandas de etnocentrismo académico que a pesar de lo que se dice en público, aún sobreviven en lo privado.

Agradezco a todos los amigos involucrados en algún momento en las reflexiones de este cuerpo de textos, desde la típica e informal charla de café hasta las observaciones y señalamientos en los seminarios respectivos. Sea este pequeño compendio de textos un ensayo crítico acerca de una realidad urbana emergente y necesitada de múltiples y variadas formas de entender el hábitat, el ambiente y el cuerpo dentro del espacio público.

Multiculturalismo y ciudad: una reflexión sobre el espacio urbano¹

Las acciones humanas fueron privadas de todo valor. Algo nuevo
surgió: un mundo vacío.
Walter Benjamin

Hace poco más de dos décadas, aún tenía cierta relevancia la discusión entre lo moderno y posmoderno como conceptos destinados a un entendimiento de la sociedad a partir de la crisis en que se sumergían las narrativas totalitarias, el avance tecno científico convertido en informática como forma privilegiada de su evolución y el resurgimiento del liberalismo bajo la batuta del comercio y la democracia.

En diferentes campos, las respuestas parecieron sintetizarse en la apreciación que dio Lyotard a esta discusión como “estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas del juego en la ciencia y las artes”.²

La discusión entre la praxiología de la actividad científica y el lazo social aún se manifestaba como nostalgia y horror ante el posible advenimiento de un fin del lazo social, es decir, una disolución de las antiguas colectividades sociales frente a una creciente atomización individual.

Todas las posturas expresadas en la dicotomía moderno - posmoderno, ya fueran patrimonialistas (Habermas),³ apocalípticas (Baudrillard)⁴ o emancipatorias (Lyotard),⁵ experimentan hoy en día un proceso de vaciamiento, una especie de disolución que en cierta manera contrasta con el escenario representado. Este vaciamiento, se ha presentado por la definitiva eclosión en la estabilidad de las categorías que permitían una dinámica de interacción, hasta cierto punto estable, entre espacio y temporalidad.

Esto no significa la muerte de lo moderno o su desfase por más que lo intentemos, pues aún permanecen muchas formas y expresiones de la modernidad en el valor de lo nuevo, las utopías o las ambiciones universalistas; pero, esta modernidad no parece anclada en la búsqueda de todas estas ambiciones —de ahí tal vez la imposibilidad de renunciar a una metafísica— a partir de un fondo sólido. Cada vez más aparece lo que Roger Bartra se propuso indagar en tres grandes pensadores de la modernidad que fueron Kant, Webber y Benjamín como locura sublime, melancolía y tedio.⁶

¹ La primera versión de este texto fue presentada en las actividades del XVI Congreso Interamericano de Filosofía “Diálogo entre lenguas y culturas” a cargo de la Asociación Filosófica de México y la Universidad Autónoma de Sinaloa y El Colegio de Sinaloa en diciembre de 2010.

² Jean Francoise Lyotard. La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Cátedra. Madrid, 1987. p.9

³ Una versión de la conferencia titulada “La modernidad, un proyecto inconcluso” aparece publicada en la colección *Ensayos políticos*. Barcelona, 1988.

⁴ Cfr. Jean Baudrillard. *A l'ombre desmajorités silencieuses o la fin du social*. Fontenay-sous-Bois. Utopie, 1978.

⁵ *Op. Cit.*

⁶ Ver *El duelo de los ángeles*. FCE. México, 2004.

Zygmunt Bauman⁷ ha acuñado un término que me parece bastante preciso y elocuente para referirse a la nueva sociedad que se abre paso en una cascada de información caracterizada por lo efímero y circunstancial a la vez que se reproduce entre los vaivenes de un sentimiento de angustia y monotonía existencial: modernidad líquida.

Dicha modernidad produce a su vez una sociedad donde las condiciones de acción de sus miembros cambian antes de que sus conductas se ajusten a hábitos o costumbres determinados, efectos claros de un tiempo de aceleración nunca antes visto y de un espacio sin lugar.

A partir de este reconocimiento, es que me propongo una reflexión sobre un espacio en específico que es el urbano. Esta urbanidad, ha sido siempre un objeto de preocupación en la filosofía, pues como indicaba ya Aristóteles en la *Política*:

*“No tener nada en común es evidentemente imposible, pues el régimen de una ciudad es una cierta forma de comunidad y, en primer lugar, es necesario que el lugar de residencia sea común: es, en efecto, la unidad de lugar lo que hace la unidad de la ciudad, y los ciudadanos son los que tienen en común su ciudad única”.*⁸

Así, la descripción que propongo es muy sencilla y consiste en reflexionar sobre un efecto de “extrañamiento” que Gianni Vattimo ha identificado frente al advenimiento de una vida líquida, globalizada, donde la racionalidad centralizada de la historia estalla en una multiplicidad de racionalidades, minorías étnicas, sexuales, religiosas y hasta estéticas.⁹

Este es un proyecto que consiste en retornar a la urbanización de la filosofía, pero sin que este proceso lleve consigo la expresión neurótica de quien espera un regreso imposible a la infancia. Urbanizar la filosofía es hacer conciencia de la nostalgia y seguir adelante en el problema del sentido, que para nuestro caso es el reconocimiento de la alteridad, que en los griegos se presentó como civilización en oposición a la diferencia.¹⁰

La oposición entre salvajismo y barbarie, sin embargo, requiere un punto de observación diferente al ya tradicional esquema de exclusión basado en la raza y en el mundo moderno, en la nacionalidad. Si bien, más que nunca encontramos múltiples expresiones que parecen dejar intacto al urbanismo como una forma de cumplimiento de una racionalidad centralista, tecnocrática, donde la planeación se erige como el representante más connotado de una auténtica tragedia de la ciudad, es preciso, reconocer algunos factores que hacen difícil la extensión de ese panorama de proyecto incumplido o inconcluso de lo moderno que exigiría el rescate de la promesa de universalidad, identidad y progreso. A pesar de los esfuerzos por reconstruir una ciudad destruida por la guerra,

⁷ Vida Líquida. Paidòs. Barcelona, 2006.

⁸ Politique. Trad., Jean Aubonnet. Societè d'Édition “Les Belles Lettres”, 1968. II,i,2. p.52

⁹ Gianni Vattimo. *La sociedad transparente*. Paidòs. Barcelona, 1990. p.84-85

¹⁰ Ver Platón. República 369b.

dicha ciudad, nunca será la misma. La singularidad de su habitar define su construcción como decía Heidegger.¹¹

Es por ello que siguiendo la idea de Bauman de una modernidad diluyéndose o líquida, quisiera traer a discusión algunos elementos relacionados con la ciudad y los procesos sociales que le acompañan desde un enfoque reflexivo. En esta línea de indagación, la pluralidad cultural expresa un punto de inflexión que se convierte en un auténtico reto para desarrolladores urbanos, arquitectos y planificadores a quienes poco o nada les ha importado la diversidad social y las diferencias culturales en la ciudad. También en esta perspectiva, se ejerce un reclamo a muchísimos filósofos por abandonar, su expresión intrínsecamente urbana, por un retraimiento consistente en la seguridad del saber libresco y la compulsión exegetica.

Ciudades refugio: el capital del miedo

A no poca distancia de los puntos de llegada para transportación área, en muchas ciudades es posible identificar volúmenes enteros de fraccionamientos que simulan en conjunto una cortina de escape al tumulto de las megalópolis. Son desde hace más de un siglo la ambición de reformistas sociales como Ebenezer Howard (1850-1928) y sus ciudades jardín que pretendían ofrecer una respuesta ante el hacinamiento e insalubridad de las grandes capitales europeas y norteamericanas.¹² Esas ciudades jardín obedecían a una lógica social muy básica: la necesidad de un nuevo orden basado en el desarrollo de la actividad industrial.

La versión norteamericana de estos conjuntos urbanos, pasó a concretarse en la época de posguerra (1945-1965), a través de los llamados suburbios, que fueron barrios o sectores ubicados en los límites de las ciudades inaugurando un nuevo proceso urbano denominado metropolización, que es el alejamiento de los centros históricos y urbanos por una expansión periférica. La solución norteamericana fue la localización específica de vivienda para una clase media creciente que detonó la producción del automóvil como necesidad primordial para los trabajadores.

Jane Jacobs en 1961, abordó ya este proceso identificando la creciente estandarización del espacio privado y el alejamiento del espacio público; una frase es bastante elocuente en su análisis: “Dejemos que los contactos interesantes, útiles y significativos entre las gentes se reduzcan a las relaciones privadas y la esclerosis se apoderará de la ciudad”.¹³

Dejando de lado el aspecto profético de su expresión, quisiera retomar este aspecto que efectivamente nos indica que la esclerosis urbana se presentó, pero no de la manera que esperábamos hace cincuenta años. Jacobs se refería al abandono de la ciudad por una fantasía bucólica en los límites de las ciudades, un encelulamiento de la clase media en los lindes metropolitanos. En la vida y muerte de las grandes ciudades americanas aún se podía

¹¹ “Construir quiere decir originariamente habitar. Cuando la palabra construir habla todavía originariamente, dice, al mismo tiempo, hasta que punto está lograda la esencia del habitar”. *Construir, habitar, pensar*. En Filosofía, ciencia y técnica. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1997. p.201

¹² Gerardo G. Sánchez Ruiz. *Planeación moderna de ciudades*. Trillas. México, 2008. p.90-91

¹³ *The Death and Life of Great American Cities*. Vintage Books. A division of Random House Inc; New York, 1992.

identificar un segmento estable en la demanda de privacidad de la clase media y un proyecto inmobiliario que aprovechaba ese segmento mercantil.

La globalización urbana presenta en cambio y al menos tres patrones diferentes, una modernización salvaje que recupera para los centros productores (asiáticos, latinoamericanos) los supuestos racionalistas de planificación central ante la demanda de trabajo y la inmigración, la apuesta por una sociedad móvil en términos de consumidores de marcas, productos o espacios y una lógica social basada en la seguridad como exigencia de consumo. Bauman describe con mucho acierto esta nueva situación urbana:

*“Podríamos decir que las fuentes del peligro se han trasladado al corazón mismo de la ciudad. Los amigos, los enemigos y, sobre todo, los extraños (esos seres esquivos y misteriosos que tan pronto pueden ser amigos como enemigos nuestros), se mezclan actualmente en las calles de la ciudad y la comparten codo con codo. La guerra contra la inseguridad, los peligros y los riesgos, se libra ahora en el interior de la ciudad y es dentro de ella donde se definen campos de batalla y se trazan las líneas del frente”.*¹⁴

El resultado no ha sido como se esperaba el abandono físico espacial de la ciudad, si no la sustracción del horizonte de sentido del fenómeno urbano. La demanda de privacidad se convierte ahora en la demanda de seguridad en el espacio cotidiano y se deja en segundo término la posibilidad de hacer ciudad, es decir, una poiesis (ποίησις) urbana.

Por todos lados hay fuentes de peligro potencial y la forma de lidiar con ellos es a partir de refinados instrumentos de control y detección para edificios y comercios, abundancia de cámaras y personal de seguridad. La vivienda misma ya no necesita abastecerse de la nostalgia bucólica por el jardín para satisfacer su privacidad, pues el mercado inmobiliario ofrece su nueva versión del amurallamiento medieval en cualquier lote fraccionable donde los pandilleros y graffiteros de hoy reemplazan a los salvajes en las forestas del pasado.

Los muros que antes rodeaban la ciudad, se cruzan y entre cruzan en varias direcciones dentro de ella con la finalidad de evitar al otro en tanto estrategia de supervivencia,¹⁵ pues no es necesario el contacto ni tampoco expresar filiación o aversión, la distancia de por medio ofrece la solución, pues construye un espacio sin lugar. Mensaje anónimo que evita la responsabilidad de la comunicación bajo la impersonalidad de una huella.

La ciudad que emerge de la modernidad, la urbe hipermoderna, ya no es el sitio de lucha entre lo público y lo privado, sino entre el deseo y la ritualización del consumo. Es un paradigma de lo que sobrevive en su propia desaparición.

¹⁴ Vida Líquida. *Op. Cit.* p.99

¹⁵ Zygmunt Bauman. *La globalización. Consecuencias humanas*. FCE. México, 2001. p.66

El paisaje urbano como un no-lugar

El signo del anonimato constituye el sello distintivo del paisaje urbano hipermoderno. Mientras el espacio constituía la entidad física y el lugar representaba el sentido al menos desde Aristóteles y en cierta manera, a pesar de la tradición geométrica racionalista que podemos encontrar desde Demócrito, a los renacentistas y las ciudades geométricas hasta Le Corbusier y su propuesta de ciudad radiante (1933) en tanto síntesis del movimiento moderno, la existencia de la ciudad siempre estuvo coordinada por una tensión entre lo continente y contenido.

El lugar era el referente límite de la espacialidad, pues representado como una especie de envolvente, un límite de lo que limita y por lo tanto, más que una forma o materia, en el sentido de ser cosa, un lugar se definía como el límite de la abstracción espacial.

Hegel por ejemplo al establecer que todo lugar es tiempo en espacio, aspiraba a una noción unitaria de la espacialidad y el tiempo desde la expresión del movimiento. El lugar ha sido una síntesis entre experiencia y razón, un equilibrio continuo entre concepto y forma cuya finalidad emerge del sentido de vivencia. Lugar es arquitectura y ciudad para vivir.

Las ciudades hipermodernas, en cambio, son depósitos de no lugares, es decir, mientras que la lógica del lugar traza siempre “la medida bajo la cual la humanidad es capaz de representarse a sí misma,”¹⁶ el no lugar consiste en la imposibilidad de nuestra representación espacial. La ciudad emergente del no lugar es la urbe que ya no necesita de nosotros.

Por lo tanto, al igual que en el mundo de la economía de mercado donde es fundamental que existan minorías consumidoras de dinero, productos y recursos, sean naturales, energéticos o humanos al tiempo que coexisten con masas desprovistas de movilidad, capitales y decisión, la ciudad hipermoderna es el espacio de un intercambio desigual en todos sus ámbitos, hasta el simbólico, pues la experiencia vital que da sentido al fenómeno arquitectónico y urbanístico que implica la conciencia del lugar, se ve reducida a una estetización del espacio a través de la imagen.¹⁷

La imagen, la mera representación visual, es la panacea del fenómeno arquitectónico y urbanístico hipermoderno, pues desde ella, los arquitectos y desarrolladores ven el mundo como plantas, secciones, alzados o perspectivas, un código estricto de significación para el cual es central la absoluta separación entre prácticas espaciales y representaciones del espacio.

Multiculturalismo y ciudad

No hace falta insistir demasiado en el hecho de que una creciente barrera entre prácticas y representaciones del espacio urbano, conduce inexorablemente a una condición hegemónica en las urbes hipermodernas. Por mucho tiempo, el liberalismo ha tendido hacia una visión

¹⁶ Josep Muntanya Thornberg. La arquitectura como lugar. Alfaomega – UPC. Colombia, 2001. p.32

¹⁷ Ver Neil Leach. La an-estética de la arquitectura. Gustavo Gili. Barcelona, 2001.

individualista de la ciudad en términos jurídicos, por lo cual hace difícil un entendimiento pluralista del fenómeno urbano.

En la ciudad, guardan especial interés el reconocimiento de identidades, instituciones o derechos de grupos minoritarios, los cuales a su vez coexisten en una territorialidad concentrada, en la cual las clases sociales, las adscripciones voluntarias a formas de conducta o representaciones tanto étnicas como estéticas, dotan de una singular complejidad a sus estructuras.

Al igual que en el problema ético, abordado aún desde el ideal kantiano avocado a encontrar normas de convivencia obligatorias sustentadas en una racionalidad universal como en el caso del consensualismo, el liberalismo construye una ciudad de igualdades abstractas. Es decir, la imagen del espacio urbano, es la de un lugar libre de toda restricción (ideal) que garantiza la convergencia en un consenso racional. Ejemplos típicos de esta representación racionalista del espacio urbano, lo desempeñan las exigencias de orden público basadas en la obligatoriedad y la vigilancia del ciudadano, de manera que la imagen perseguida es la de una depuración conductual fundamentada en una sola racionalidad. Del lado de arquitectos y desarrolladores este problema se concreta en las expectativas que estos últimos tienen de que sus proyectos sean regidos por un complicado modelo normado por códigos formales que renuncian a toda posibilidad de que puedan integrar experiencias múltiples y en cambio se dirigen a una imagen urbana unidimensional cuya clave radica en la impersonalidad.

En este contexto, llama poderosamente la atención el llamado que hace León Olivé¹⁸ al entendimiento de una “pluralidad a secas” del mundo, es decir, una pluralidad que se extiende también a las formas de razonar y que trae como resultado que distintos grupos de seres humanos tengan creencias diversas, en algunos casos incompatibles, pero al mismo tiempo legítimas.

El urbanismo pluralista es posible como forma alternativa para tratar de encontrar acuerdos racionales entre los agentes sociales que construyen la ciudad. Esta ciudad hace suya la tensión entre lugar y no lugar, expresión de la diferencia en la cual una ciudad “trashumante, o metafórica, se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legible”.¹⁹

La ciudad –concepto, emergente de una utopía ideal del racionalismo, centrada en el tiempo, se diluye incapaz de entender que el totalitarismo visual imaginario solo es un momento dentro de la cotidianidad y las razones técnicas o los criterios de rentabilidad financiera revelan su impotencia para entender la habitabilidad del espacio urbano, un hábitat donde la fragmentación y la multiplicidad tienen su casa. Una casa que en el espacio es lenguaje e itinerario constante.

¹⁸ León Olivé. *Ética y diversidad cultural*. FCE. México, 2004. p.346

¹⁹ Michel de Certeau. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. UIA/ITESO/CFEMC. México, 1996. p.105

Bibliografía

- Aristóteles. Politique. Trad., Jean Aubonnet. Societé d'Édition "Les Belles Lettres", 1968.
- Baudrillard, Jean. *A l'ombre desmajoritès silencieuses o la fin du social*. Fontenay-sous-Bois. Utopie, 1978.
- Bauman, Zygmunt. *La globalización. Consecuencias humanas*. FCE. México, 2001.
- _____. *Vida Líquida*. Paidòs. Barcelona, 2006.
- Certeau, Michel de. La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer. UIA/ITESO/CFEMC. México, 1996.
- Habermas, Jürgen. *Ensayos políticos*. Barcelona, 1988.
- Heidegger, Martin. Filosofía, ciencia y técnica. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1997.
- Jacobs, Jane. *The Death and Life of Great American Cities*. Vintage Books. A division of Random House Inc; New York, 1992.
- Leach, Neil. La an- estética de la arquitectura. Gustavo Gili. Barcelona, 2001.
- Lyotard, Jean Francoise. La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Cátedra. Madrid, 1987.
- Muntañola Thornberg, Josep. La arquitectura como lugar. Alfaomega – UPC. Colombia, 2001.
- Olivé, León. Ética y diversidad cultural. FCE. México, 2004.
- Sánchez Ruiz, Gerardo G.. *Planeación moderna de ciudades*. Trillas. México, 2008.
- Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*. Paidós. Barcelona, 1990.
- .

Democracia, ciudadanía y narco cultura: Mediación e identidad en la hipermodernidad mexicana²⁰

A finales de los ochenta del siglo pasado, abundaban en nuestro país las discusiones acerca de la relevancia y/o pertinencia de analizar la realidad social y cultural mexicana desde la llamada posmodernidad. Este debate contaba con una buena cantidad de críticos acérrimos —en su mayoría académicos formados entre 1968 y 1976— quiénes a brazo partido condenaban la posibilidad de enfrentar el problema desde una nueva lógica del capitalismo industrial basada en el desarrollo tecnológico.

Armados con una buena dosis de nacionalismo y protección estatal heredada de la política cultural de la revolución mexicana, en muchas instituciones de educación superior se abordó la sociedad desde una modernidad en desarrollo y en ocasiones, incluso, recurriendo a la paráfrasis constante de un emblemático discurso de Habermas titulado “La modernidad un proyecto inconcluso”²¹ donde el gran filósofo alemán abogaba por la necesidad de reinterpretar el legado de la Ilustración como una entidad todavía universalizable tanto a nivel sociológico como estético.

Por fortuna, algunos textos desde el ámbito de la sociología cultural nos permitieron un acercamiento a la posibilidad de someter a una lectura crítica las evidentes contradicciones entre modernidad y cultura. La ausencia de los grandes relatos sobre el pasado, la crisis en la idea de progreso y el despliegue de una sociedad de orientación tecno científica altamente individualizada, fueron aristas importantes que permitieron entender la gestación de una nueva sociedad emergente del capitalismo industrial bautizada por la tecnocracia política como “cultura global”.

En cierta forma los planteamientos de críticos como Lyotard (1987), Bell (1996), Jameson (1991) o Lipovetsky (1986), alertaban acerca del advenimiento de una auténtica metamorfosis cultural del sujeto moderno, situación que ya también era posible identificar en los teóricos europeos del movimiento postestructuralista, algunos años atrás, como Michel Foucault y su arqueología del saber, Deleuze y el rizoma o Derrida con su gramatología, a nivel de lenguaje.

Un concienzudo análisis respecto a las implicaciones de la modernidad, el sujeto antropológico y los lenguajes estéticos y sociales en México, fue llevado a cabo por Roger Bartra y Claudio Lomnitz. Ambos autores, expresan al respecto un juicio que si bien, no deja de lado la aparición de ciertos elementos posmodernos en la realidad sociocultural

²⁰ La primera versión de este texto fue presentada como ponencia en las actividades del 1er Congreso Internacional de Arquitectura y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura de la UANL en octubre de 2010.

²¹ Este texto tuvo su origen en la conferencia del autor ofrecida con motivo de la recepción del Premio Adorno de la ciudad de Frankfurt, premio de artes y ciencias sociales que cada tres años otorga tal distinción conmemorando el nacimiento del exprofesor de la Universidad de Frankfurt, Theodor W. Adorno. Otros destacados ganadores han sido los sociólogos Norbert Elias y Zigmunt Bauman, el filósofo Jacques Derrida y el cineasta francés Jean-Luc Godard. La versión que tomamos de este texto apareció publicada por Península en una antología titulada *Ensayos políticos*, 1988.

mexicana, visibles a través de la cultura política y los medios de comunicación, si puntualizan el hecho de que la realidad mexicana no es susceptible de observarse desde lo posmoderno, básicamente por que la articulación entre nación, identidad y mediación se gesta desde un fenómeno bautizado por Bartra como *dismothernism* (1993:125).

¿Que es una *dismothernism*? Como su nombre sugiere un auténtico desmadre, al cual lejos de corresponderle el reflejo de una coyuntura global que aspira a una nueva universalidad promovida por las democracias liberales, expresa la ambigüedad sostenida en diversas regiones para las cuales el capitalismo industrial no significó la incursión del progreso social ni el desarrollo económico.

Este fenómeno ambiguo, retorcido, complejo hasta el extremo donde se bifurca lo visible e invisible, es lo que me interesa explorar en términos políticos y culturales, pues constituye en este momento una expresión de la problemática realidad mexicana y la propia imposibilidad de que exista hoy en día un estado estructurado desde la modernidad como proyecto de nación. Como ejemplo de esta observación me remito al caso de la cultura y la relación con los partidos políticos, las condiciones de gobernabilidad y ciudadanía.

Preámbulo: crisis de los partidos y la idea de los dos México

El programa social tele mediático Iniciativa México, habla desde hace tiempo de la existencia de dos culturas en un mismo país separadas en razón de la conservación y el espíritu de empresa. Tras un período de colocación del programa a nivel de propaganda, el proyecto se materializó en un programa de desarrollo conjunto entre empresas de telecomunicación donde se convoca a iniciativas personales y de las llamadas ONG`S a una competencia por presentar proyectos de cobertura en salud, educación o sustentabilidad.

Como era de esperarse, el voto para los proyectos fue consensuado entre un equipo de expertos y el teleauditorio, por medio de costos en envíos de mensajes por teléfono celular, los cuales obviamente le permiten a dichas empresas solventar los gastos de su filantropía. La idea del proyecto Iniciativa México es que la propia ciudadanía se haga cargo de sus problemas llevando a un terreno práctico lo que lleva más de una década de pregón radial y televisivo, consistente en el llamado a la imposibilidad de la política por la corrupción de los políticos.

El resultado es que las cadenas de televisión operan sobre la comunicación un sistema que Giovanni Sartori denomina “teledirección” (2001:65) que es un proceso de vaciamiento cognitivo donde la democracia se reduce a un gobierno de la opinión, carente de sustento en el conocimiento y cuyo procedimiento se fundamenta en el uso de sondeos, imágenes y personajes que nunca se plantean la conversión del acto de información en comprensión (Luhmann, 2000).

Iniciativa México propone proyectos de gestión social convertidos en un espectáculo de moralismos y cursilería, donde los diferentes órdenes de gobierno son justificados en su inactividad, pero se subraya, como hecho clave, una ciudadanización de los problemas marcada por la personalización como signo del cambio y lo moderno. De lo anterior, no es casual que en nuestra cotidianidad percibamos un retroceso entre los mecanismos que conectan a la ciudadanía con los aparatos de gobierno, pues la video política pone en juego

la crisis de representación en términos de sociedad civil y en cambio lanza una apuesta por la lucha de personalidades en los medios financieros y de comunicación desde una *tecnoestructura*, donde la imagen, las apariencias son el móvil principal, desplazando el contacto político, el hacer ciudad, por una contemplación sosegada de las decisiones negociadas entre monopolios, grupos de presión e interés económico y diversos segmentos étnicos integrados por la lógica del espectáculo.

La formación del consenso es la clave para operar esta red de símbolos, ya que en la era moderna industrial fue posible reconocer que precisamente el signo de lo moderno era la racionalidad, es decir, la cultura se reconocía como sociedad, la economía por la producción de bienes y sus valores de uso y cambio y por tanto lo antagónico se convertía en un principio unificador, que se integraba en la noción de comunidad (Touraine, 1994:145).

En la modernidad era posible que lo rural se transformara en urbano, la violencia en ley y el salvajismo en civilización, pues la ciudad y la sociedad apoyadas en la nación como mediación, construían relatos basados en el progreso moral y social.

El panorama no luce tan claro cuando se sacan las cuentas del impacto entre estos ideales y el derrotero que ha tomado una sociedad moderna que vive más que la ausencia de modernidad, un auténtico exceso imaginario de la misma. Esta proliferación de símbolos, inflación de significados, dan cuenta de la forma en que un poderoso aparato ideológico y cultural se gesta como red imaginaria del poder político alimentando y refuncionalizando diversos conflictos seleccionados con la finalidad de legitimar o incluso producir un estado de alteración mediante el constante enervamiento de lo público.

El México desmadre surge aquí, precisamente donde se encuentran o más bien se dan el encontronazo, las políticas de eficiencia y calidad con el hedonismo y desprecio hacia la cultura. Enfrentada o más bien, mezclada, la racionalidad estratégica con la seducción alegórica de las imágenes, el resultado sociopolítico obtenido es la interiorización de los conflictos que a su vez son proyectados como anulación de fracturas sociales más profundas. A pesar de contar con una estructura que asegura la elección democrática de los órdenes de gobierno, la cultura operativa de dichas estructuras está aún lejos de ser pluralista, incluyente y dialógica, sigue codificada en lo hegemónico. México se estructura aún como una desmodernidad donde resurge lo parroquial, tradicional y ornamental como respuesta en función de la tolerancia hacia formas blandas de autoritarismo que permitan seguir una integración imperturbable al consumo global.

Mientras que Iniciativa México pretende el abandono de la ciudadanía hacia la demanda política y las obligaciones gubernamentales, nos receta su fantasía moderna de nación, solidaridad absoluta, individualizada, ante un cambio imposible, por medio de la seguridad de la autoayuda y la caridad hacia el prójimo. Todo dentro de un individualismo controlado. No es fortuito el parentesco de esto con el parroquialismo, pues este resurge ante la pérdida de sentido y la implosión de significados.

El punto al que esto nos lleva, tiene por consecuencia el profundo desconocimiento de los gobiernos emanados de la nueva derecha sobre las formas en que se estructura la cultura y la nación, pues aún permanecen anclados en la idea de que la cultura nacional es un vínculo hacia la modernidad. Aunque para las izquierdas y las llamadas nuevas izquierdas tampoco esta asociación se vea superada, pues ambas comparten el mismo

trasfondo fragmentario donde se reproduce la frustración y la nostalgia de un autoritarismo aglutinante. Ambas visiones terminan por fundamentar la crisis de representación que actualmente se delinea entre ciudadanía y partidos políticos.

Mientras que la ciudadanía se ve arrojada a una dinámica socioeconómica donde salario, empleo y bienestar son formas dentro de una creciente incertidumbre cuya operación se trata ya no de solucionar por medidas objetivas como aumento salarial, crecimiento de fuentes laborales diversificadas o protección al ahorro, sino de una subjetivización creciente donde lo popular cumple la función de legitimar las elecciones de personajes y grupos de interés.

Los grupos políticos se convierten en personajes, actantes de un mito de unidad cuya principal razón de ser es convertirse en la expresión de una clase media imaginaria construida en función de la normalización de conductas. Lo popular se convierte en un aliado divertido, despreocupado y silencioso que se encuentra siempre de cara al límite de lo representado por el horror y la marginalidad expresada como contraparte opositora a la estabilidad y ambición de ser parte de la omnipresencia del poder. Ilustra Bartra con su fina ironía:

“Esos efectos de inmanencia y omnipresencia suelen ir acompañados de una gran explosión de signos, señales, símbolos, modelos, simulaciones y alucinaciones, de la cual han surgido nuestros dos actores prototípicos, el hombre-normal, representante de la mayoría silenciosa, y el marginal, representante de la minoría terrorista o, al menos, ruidosa” (Bartra, 2010:87).

Los partidos políticos apuestan poco a la observación de fenómenos sociales que no sean susceptibles de objetivar por medio de encuestas y sondeos de opinión; gran parte de la gobernabilidad, sin embargo, se sustenta en los códigos e improntas generados por las representaciones políticas las cuales provienen de ejes de relación combinados que abarcan también la asociación de lo gobernable con factores como la estabilidad y legitimidad (Camou, 1995).

Sistemas electorales *versus* sistemas de partidos

La apuesta decidida de los organismos políticos en los últimos veinte años por un concepto de gobernabilidad anclado en la eficacia —desde el cual esta es una propiedad casi natural de los partidos políticos— ha terminado por dejar intacta la antigua fórmula de gobierno sustentada en la llamada “razón de estado”. La eficiencia se entiende como la capacidad de alcanzar objetivos prefijados al menor costo posible, una definición procedente del “realismo político” cuyo representante inicial e histórico fue Maquiavelo.

Desde esta perspectiva, la lógica entre medios y fines propuesta por el pensador florentino se vuelve un instrumento eficaz para el logro de un objetivo: el mantenimiento del poder. Ahora bien, en sociedades complejas y emergentes de una cultura global el ejercicio del poder no es un asunto lineal, los subsistemas en los vectores sociales,

económicos o culturales propician mecanismos de inserción y subrogación que obstaculizan una práctica vertical de las decisiones.

El ejercicio legislativo es muy eficaz en México, si por eficacia entendemos la capacidad de los representantes populares para ajustarse a las agendas de los partidos políticos, las cuales a su vez son la expresión de sus capacidades operativas. Pero, al nivel de la ciudadanía y en la crispación general impulsada por los medios de comunicación, jamás se hace hincapié en la fórmula mono direccional que impulsa las agendas de los partidos, es decir, en la responsabilidad que implica reconocer que un voto otorgado a una organización política es el resultado de un reconocimiento implícito al proyecto político ofertado.

Tal reconocimiento es el indicador que nos muestra la conexión existente entre los órganos de gobierno y una sociedad. Este enlace es normado por una forma de estructura intermedia que es el sistema electoral (Valdés, 1995:9). Garantizar el ejercicio democrático de una sociedad es el principal objetivo de un sistema que involucra la participación de votantes, partidos, medios de comunicación y autoridades.

El sistema electoral tiene una responsabilidad similar a la del estado, en tanto que su papel consiste en la creación de una convergencia capaz de aglutinar al ámbito legislativo y ciudadano, pero además incluye una meta observación del propio sistema que es la inclusión del ámbito gubernamental en el proceso. El sistema electoral pretende operar como agente del cambio político, sin cargar una función centralizadora de la experiencia democrática.

La tradicional expresión centro-periferia que el sociólogo alemán Niklas Luhmann distingue para hablar de una política complicada y una compleja como productos del juego entre intereses, organizaciones y decisiones, se abandona a favor de una imagen pública que apuesta por la neutralización del espacio público: el pluralismo cede su lugar al acotamiento y la argumentación al mero ejercicio de una oferta, ni complejidad ni complicación se reflejan, sino la más absoluta escenificación del proceso electoral ocupa ahora la representatividad.

El naco como indicador cultural

Las relaciones dentro de la política hace tiempo que han abandonado el escenario de las disputas en torno a clases sociales y en mayor medida son el reflejo de las luchas por el control de los procesos de mediación. Un entorno cada vez más complejo e intrincado se teje entre política, administración y representatividad, un contexto donde el sector político de la sociedad ya no es su vértice y su unidad se vuelve irrepresentable (Accarino, 2003:14). La reflexión es por tanto una estrategia para abordar fenómenos para los cuales el concepto tradicional de representación política heredado de la Ilustración es ya insuficiente, siendo el caso mexicano uno de estos ejemplos de crisis de representación.

El factor de observación que me ocupa en esta particularidad tiene este contexto complejo y estridente, producto de la imposibilidad de que el estado represente una universalidad de la sociedad y formando nuevas conjeturas en dicha relación, viene de la propuesta de Claudio Lomnitz de considerar una forma cultural, el naco, ya no como una

expresión resonante de la imaginería de las castas coloniales, la impureza o hibridez antagónica donde se confinaba al opositor del mundo urbano: el campesino (Lomnitz, 1999:23).

El naco en la actualidad es un *kistch* de la modernización, la permanencia de una categoría que denota la falta de certeza del mexicano en la modernidad. Mientras que la acusación de naco se asociaba en el pasado a la resistencia a la modernización por parte de un mundo agrícola y rural, la permanencia de lo indígena que tanto angustiaba a los liberales del siglo XIX (Aguilar Camín, 1994:270)²² hoy en día se utiliza como una forma de participación en un simulacro espejo donde el principal elemento activo es una distinción, la desconfianza en una adopción de lo moderno reflejada en la carencia de compromiso con los cambios necesarios para ser global. Cito a Lomnitz al respecto:

“Y es precisamente este grado de autoconciencia, esa falta de naturalidad en lo moderno (esta inautenticidad, dirían los antinacos), lo que explica la persistencia del signo de lo indio en esta forma de distinción pues, al igual que los indios de la época colonial, los nacos de hoy no alcanzan a asimilar su redención” (Lomnitz, 1999:23).

Como resultado, hay una cultura de la desconfianza basada en la veracidad de lo moderno, pues tal y como las autoridades administrativas y religiosas de la colonia desconfiaban de la conversión indígena al cristianismo, de los patriotas criollos y liberales del siglo XIX que renegaban de la persistencia de lo indio en su tarea de crear una república democrática o en los revolucionarios que condenaban lo que no abrazara el espíritu nacional (mestizo) como punto de partida para la modernidad, hoy en día lo moderno consiste en la sumisión a la imagen, el abandono del espacio público y la glorificación del Dios consumo como fórmula para abandonar el subdesarrollo. Esta es una sociedad que hace del rumor una verdad que entre más increíble sea se vuelve más redituable.

El cambio de la relación entre nación y modernidad, se puede observar en la transformación de lo naco, que pasa de ser una palabra discriminatoria a una distinción estética de lo moderno con una abrumadora presencia en nuestra población urbana. Figura que como Bartra ilustra, en referencia al pelado, viene de un desecho de la industrialización urbana moderna, para el cual a diferencia de los antihéroes de la novela picaresca española (alfaraches, lazarillos, periquillos) el lenguaje no es un medio para comunicar sino una barrera defensiva construida por un laberinto de contradicciones cuyo fin es el escape y el sin sentido (Bartra, 1986:165).

El México dual que tanto ha obsesionado a políticos, antropólogos y escritores (tradicional-rural-indígena-atrasado vs moderno-industrial-urbano-mestizo) lejos de terminarse ve nacer una nueva dirección que se agrega a ese, de por sí, intrincado laberinto

²² “La corriente modernizante tuvo un alto registro anti indígena, porque en la población indígena fue donde percibieron la mayor resistencia, las más hondas inercias coloniales. Para los liberales mexicanos —hijos del regalismo español y de las logias masónicas— la civilización indígena y sus costras novohispanas eran un peso muerto en la carreta del progreso”. Publicado en Libertad y justicia en las sociedades modernas. Miguel Ángel Sánchez (Coord). Ed. Porrúa. México, 1994.

que conectaba la desidia y la fatalidad con los sentimientos de inferioridad y evasión: el progreso social que marcaba como integración urbana la inserción en el sistema burocrático. Ahora, en lugar de perseguir su entrada a esa entidad colectiva como objeto de movilidad social, en la población se añade un elemento mucho más fuerte y resonante, el espíritu de empresa.

Como tal, y en correspondencia a una sociedad global, México vive también una nueva modernidad, una hipermodernidad cuya estrategia viene del activismo empresarial, la exaltación del cambio, de la reforma, de una adaptación desprovista de horizonte de confianza y de grandes concepciones históricas” (Lipovetsky, 2004).

Ningún autor es capaz de ponerse de acuerdo en que la globalización produzca efectos uniformes en su contacto particular con las localidades, pero lo que si es posible advertir son los cambios regionales que propicia. Sabemos lo que destruye pero no lo que emerge de la desintegración. Por ello, estas sociedades se encuentran en lo que Luhmann (2009:425) entiende como riesgo en cuanto se apela a la decisión.

El riesgo de aceptar lo global sin preámbulos, estrategias o un mínimo de precauciones (quiero decir esto para no caer en el lugar común que serían las fantasías conspiratorias, pero no tengo evidencia empírica para desestimarlas), ha sido la aceptación de un imperio individualista donde el consumo no conoce freno ni limitaciones. Gracias a esto, la capitalización, la urbanización o la comunicación operan con un mínimo de reglas para sustentar la libertad de comercio, enriquecimiento u opinión. La modernidad sobrestimada, la hipermodernidad se impone con una fuerza autoritaria mientras el nacionalismo, que cede su función de mediación, guarda el registro sentimental como decía el fallecido escritor Carlos Monsiváis y para no desaparecer se atrincheró en el lenguaje, que no es el que comunica sino el que produce vehemencia, su fantasía anarquista acorde con un imperio de los deseos, el relajo y el importamadrismo.

En este universo microsocioal donde la “hueva”, los “chingazos”, “el pedo” y “el perreo” imponen su levedad como lógica de aspiración existencial, el naco emerge como indicador de lo moderno, nuestra modernidad indiana. Para esta inmanencia vale poco la pregunta por la representación de lo político, pues lo importante se concentra en las pulsiones internas, necesidades y deseos insatisfechos canalizados sólo en los actos rituales.

Así importa poco que el sujeto sea parte de una cultura democrática cuyos valores fundamentales sean la tolerancia, el respeto, la honestidad o la lealtad, pues la mediación ideológica garantiza un mínimo esfuerzo social cuyo sentido se encontrará en un posicionamiento claro en un ritual de reconocimiento específico de la corrupción: no importa cómo llego a la riqueza un empresario sino lo que tiene y ejerce, es idealista cuánto compromiso público detenta el diputado en su labor legislativa sino cómo ubica y consolida la agenda partidista o bien, es secundario como y en que circunstancias los ciudadanos ejercen su derecho a votar sino lo principal es que cumplan con llenar boletas para cumplir un proceso.

La narco estética como expresión urbana

Esta libertad sin estrategia ni esfuerzo que glorifica nuestra cultura y encuentra ecos pronunciados en el activismo empresarial, ya genera su propia dinámica sin necesidad de tocar la puerta de la legalidad; sin necesidad de los medios de comunicación ha creado su propia lógica de operación, sus políticas de imagen y distinción estética. Su nombre es narco estética y es hija del proceso de desmodernidad nacional hipermóderna llamado narcotráfico, viene de la paradoja.

En los inicios de su historia, este fenómeno se presentó a nivel cultural como una expresión de lo naco, de la aspiración al progreso de forma imperfecta y parcial. Sus capos eran ricos pero no eran la viva imagen del progreso, sus gustos denotaban su pertenencia a un sector social específico y la burguesía mexicana los llamaba despectivamente “nuevos ricos” en asociación directa con los burócratas de alto rango o los ganadores de la lotería. Este proceso discriminatorio cuyo origen se sustentaba en un concepto de lo naco que todavía utilizaba la distinción rural, funcionaba bien para la burguesía que aún se reconocía a sí misma en la elitización y ciertas prácticas cosmopolitas, lo que Lomnitz llama jocosamente *art naqueau* por sus pretensiones europeizantes (Lomnitz, 1999:24).

Pero con el libre comercio, estas distinciones han perdido su significado, pues el dinero termina por sustituir la distinción y abre el proceso hacia la aceptación de todos los que estén en posibilidad de adquirir los bienes que son el emblema del prestigio.

Lo naco por sobreasimilación, es decir aquella imitación imperfecta de la cultura extranjera y los estereotipos televisivos, casi siempre procedentes de la cultura norteamericana, que comenzó con los nombres extranjeros y hoy en día hace imposible prácticamente que haya gente con un solo nombre o que exista una continuidad generacional reconocida en una ironía inconsciente (papá se llama Agapito y el hijo Brian Nicolás o Christopher Alexander o mamá Sanjuanita y su hija Jennifer), las fantasías de una clase media colonizada que no tiene identidad hasta que va de compras a las tiendas texanas o manda a sus hijos a escuelas bilingües, en suma, el mundo del *nac-art*, se topa al instante con una nueva presencia aspiracional que da de golpe un nuevo rostro a sus ambiciones bajo un lema absoluto: “Mejor vivir cinco años como rey que treinta como buey”.

Si en la hipermódernidad lo efímero define la percepción que se convertirá en un consumo transmutado en vocación, en el México desmoderno, la vida convertida en juego ante una muerte inexorable sustituye la fatalidad del deceso por el disfrute absoluto, el riesgo: imagen social que pensadores como Zigmunt Bauman (2007) preconizan para los países europeos, es ya una concreción total en nuestro horizonte de militares, narcos y santones, ya que los miembros de una sociedad de consumidores finalmente han aceptado lo que en otras condiciones parecía imposible: ser ellos mismos bienes de consumo, redituables, operativos y sobre todo, intercambiables.

La narcoestética es la expresión de un juego de simulacros e identidades que sin embargo, a diferencia del consumo blindado y antiséptico de los países desarrollados, refleja la intrincada red imaginaria en la cual se construye y recicla el poder a través de los individuos. A continuación, si me lo permiten quisiera abordar algunos referentes para describir este término en su vinculación con el paisaje urbano.

Narco estética: la muerte como horizonte

A finales de 1980 comenzó lo que es un culto emergente dentro de la religión católica, *La Santa Muerte*. Kristen Norget ha detectado los inicios de esta devoción entre los oaxaqueños a través de la imagen protectora de la calavera con guadaña y su conversión a culto y ritual por parte de criminales y policías (Norget, 2002:25).

Su éxito entre estos grupos desató una oleada de feligreses en otras zonas del país, principalmente las fronterizas que dejaron su huella a fines de la década de los ochentas con los llamados narco satánicos que operaban en la región noreste. Y este éxito llevó al zar de las drogas en la década de los noventa, Amado Carrillo, a financiar el santuario de la Santa Muerte en el barrio bravo de Tepito en la Ciudad de México (Lomnitz, 2006:465).

En la actualidad este culto que tenía un sector bien diferenciado opera en una generalidad completa, abarca todos los estratos de la sociedad y abandona su referente ligado a la clandestinidad para tener cultos y parroquias de libre acceso y complementar otro fenómeno que ya venía gestándose en los últimos treinta años, tras el desajuste del Concilio Vaticano II en los países católicos.

Como Indica Juan Zapata Novoa, para sociedades estructuradas y monolíticas —la regiomontana, mi contexto y situación, por ejemplo— donde los valores religiosos han sido conservadores durante décadas, al entrar en contacto con un reordenamiento institucional, dicha homogeneidad no convoca a un proceso de consenso, sino más bien constituye el momento perfecto para reinsertar el eje rumor-ritual-esfera pública desde el cual se establecen formas de comunicación alternativa, ante las incapacidades oficiales o institucionales para ofrecer respuestas adecuadas ante la complejidad estructural.

La fuente de información personal (chisme) sustituye la información oficial y en cierta manera, emerge una polaridad de posiciones “islas de religiosidad” donde las facciones se reconocen por su pertenencia a una élite —colegios, movimientos, grupos— mientras las mayorías identifican su propia religiosidad no en el compromiso de sus prácticas rituales, sino en la filiación a una tendencia (Zapata Novoa, 1990:82).

No es fortuita la aparición y frenesí de magos, astrólogos, médiums o adivinos que en su mayoría no se presentan como rivales del catolicismo sino como formas complementarias de religiosidad. Un sujeto que venera a la Virgen de Guadalupe y que tiene un crucifijo, igualmente recurre a la brujería o la adivinación —lectura de cartas, angelología, piedras mágicas— para orientar su vida sin necesidad de plantearse el carácter institucional de su religión. Finalmente el mismo sujeto que no detecta la diferencia de sentido entre comunidad e individualidad, hace lo propio con la religión y su oficio.

Si todo consiste simplemente en adoptar emblemas para ciertas necesidades como productos para diferentes usos, no es extraño que un elemento recurrente en el paisaje urbano sean los tianguis con espacios localizables para la venta de artilugios e iconos relacionados con la Santa Muerte o incluso la figura de un mariachi basado en la leyenda de un bandolero (Jesús Malverde) elevado a objeto de devoción popular.

Las camionetas pick up o SUV's que surcan las avenidas y calles con colores rimbombantes y a veces hasta con paisajes y figuras estampadas en costosas pinturas para la carrocería, no pueden quedar exentas de su implacable calavera o “niña blanca” que decora los vidrios polarizados. Lo más irónico de este fenómeno es que ya es imposible

diferenciar entre una camioneta de un narcotraficante y alguien que simplemente tiene gustos exóticos. La imaginería popular ha convertido este *kitsch* en un objeto de poder, en un símbolo del límite que gustosamente una generación que idealiza una cultura agraria, justifica como pertenencia a una entidad capaz de decidir sobre la vida y la muerte.

Ya que hablamos de la muerte, es impensable su ausencia en nuestros paisajes urbanos súbitos, alegorías de lo efímero que guardan una lógica absoluta como radiografía de una realidad imperturbable del libre comercio y el consumo: cadáveres diseminados, vehículos en conversión a murallas, detonaciones azarosas convertidas en inverosímiles pechos a tierra en cualquier estación del metro, gente sin cabeza con mantas de advertencia que no conformes con el mensaje mismo promulgan el meta mensaje en algún puente o paso a desnivel, espacios públicos que dominan la centralidad del observador y se intercambian a su vez con los vaivenes del tráfico y sus flujos. Nadie escapa de su lógica maquinal en un orden de perspectiva y lo mismo hace intervenir en su diegesis al político, al empresario, que al soldado o el policía.

Pero, para que nadie se aburra, en esa ciudad donde lo efímero se radicaliza, de vez en cuando —como en algún *reality show* que necesita acción en tiempo real— alguna granada enmedio de una plaza, en un coche o en el tránsito cotidiano esquirra su mensaje frente a la mirada de todos, a veces incluso las balas perdidas le pegan a una masa indiferenciada y silenciosa que luego tiene que cargar con la culpa de estar en la calle mientras las autoridades miran para otra parte, o recurren a la fórmula *kitsch* por excelencia a nivel jurídico, la transmutación de la culpa. En esa ciudad nadie se salva de ser un elemento interactivo, todos están en posibilidad de entrar a cuadro.

Dentro de este trazo, no hay que olvidar la expresión de la necrópolis como última evidencia del fasto y el poder, lugar donde lo efímero de la vida encuentra su imposible escape. Ninguna estética arquitectónica en México, puede revelarnos lo que un sepulcro del narcotráfico dicta en su expresión tragicómica, claro, exceptuando las Cámaras de Diputados y las escenas publicitarias de la Presidencia de la república.

En esa tragicomedia, que solo se revela como tal cuando hay reflexión de por medio, sabemos también que en realidad este kitsch narco estético es también una invención, nuestro propio imaginario conducente a tranquilizarnos para delimitar una espacialidad que desearía puntualizar que el “infierno son los otros” como dijo Sartre una vez e ilustra la película de Luis Estrada, pero nada permite una distinción a nivel estético, pues el narco kitsch, ese sujeto descendiente rural que se identifica con la imperfección moderna, ya no orienta esas fórmulas más que en sus subordinados. ¿Como diferenciar al empresario y aristócrata millonario del narcotraficante millonario? Cada vez es más difícil puesto que las apariencias también se homogenizan en el consumo y aceptémoslo, le damos la bienvenida a la muerte cuando dejamos creer en la educación pública y la posibilidad de pensar por nuestra cuenta.

Bibliografía

- Accarino, B. (2003). *Representación. Léxico de política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Aguilar Camín, H. (1994). *La invención de México*. México: Porrúa.
- Bartra, R. (1986). *La Jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo.
- Bartra, R. (2010). *Las redes imaginarias del poder político*. Valencia: Pre-textos.
- Bartra, R. (1993). *Oficio mexicano*. México: Grijalbo.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Bell, D. (1996). *The Cultural Contradictions of Capitalism*. New York: Basic Books.
- Camou, A. (1995). *Gobernabilidad y democracia*. México: IFE.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós Studio.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2004). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Lomnitz, C. (2006). *Idea de la muerte en México*. México: FCE.
- Lomnitz, C. (1999). *Modernidad Indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México: Planeta.
- Luhmann, N. (2009). *La política como sistema*. México: UIA-ITESO.
- Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*. México-Barcelona: UIA-Anthropos.
- Lyotard, J. F. (1987). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Càtedra.
- Norget, K. (2002). *Days of death, Days of life: Deaths and its Ritualization in the Popular Culture Oaxaca*. Montreal, Quebec: McGill University.
- Sartori, G. (2001). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. México: Taurus.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.
- Valdés, L. (1995). *Sistemas electorales y de partidos*. México: IFE.
- Zapata Novoa, J. (1990). *El mercado de las conciencias. Sectas y cultos en Monterrey*. México: Ediciones Castillo.

Cuerpo y paisaje urbano en la ciudad contemporánea²³

“La humanidad siempre está hablando de arquitectura.
¿Qué tal si el espacio empezase a mirar a la humanidad?
¿Invadiría el espacio basura el cuerpo?”
Rem Koolhaas

El cuerpo humano constituye un fenómeno de interés recurrente en la vida diaria, pero poco reflexionado, dentro de los flujos de información contemporánea, pues para cualquiera es un hecho la preocupación del cuerpo en sí, en tanto que objeto de un padecimiento hacia el interior (carácter médico) o bien del resultado de una transformación por situaciones externas al individuo —accidentes— o el desajuste frente a prácticas estandarizadas de belleza (obesidad o delgadez extrema). Estas expresiones llevan por lo general a una reflexión intrínseca partiendo de un hecho límite que es la confrontación del sujeto con su ego. En la psicología clínica esto se conoce como la función de espejo.

A través de un enfrentamiento con el espejo, cada individuo regresa a lo que tuvo en algún momento un papel formador de la personalidad en la infancia, esta es una constante regresión que tiene por finalidad situar la relación de un organismo con su realidad en los términos en que Lacan definía como “la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” (1987: 87).

Dentro de los imaginarios corporales estudiados en la función de espejo distinguida por Lacan, hay dos formas de asumir este cambio en virtud de los contextos, por una parte hay una función de clara ubicación del individuo dentro de sus expectativas que provoca la adopción de un proceso de madurez dentro de una dialéctica temporal y por otro, hay una remisión constante a un entorno dramático donde la ilusión espacial es el principal ingrediente para el desarrollo de una percepción de inacabamiento constante que lleva a una desintegración agresiva del individuo surgida de un imagen fragmentada del yo.

Esta polaridad imaginante del cuerpo frente al espejo con su intrínseca remisión a la espacialidad es el momento —específico y significativo— que pretendo relacionar con el paisaje urbano y el hacer ciudad en su más profundo sentido político. Así, en consecuencia, nos movemos de la esfera de un concepto de ciudad derivado de un racionalismo sincrónico constituyente de un sujeto anónimo y universalizable —urbanismo— a lo que De Certeau (1996:107-108) ha caracterizado como los andares de la ciudad en tanto que operación de las prácticas urbanas donde hay procedimientos multiformes, evasivos y resistentes que escapan a la estructura de los poderes de la ciudad abstracta.

Los cuerpos emergentes de esta ciudad son hechos significativos y no un mero reducto de ocupación destinado a dar cuenta de una correspondencia entre forma y función vista desde un panoptismo (Foucault, 1976:227), donde la determinación de ser observado rige la relación entre el sujeto y los lugares.

²³ Ese texto se presenta en el marco de las actividades de la Reunión 88 de la Asociación Nacional de Escuelas de Arquitectura titulada “Arquitectura, ciudad, región y gobernanza” en octubre de 2012.

El espacio percibido viene mediado por una forma intrínseca de carácter existencial, una dimensión significativa para lo corpóreo del sujeto, como se declara a continuación con pertinencia:

“Si soy capaz de sentir mediante una especie de entrelazo del cuerpo propio con lo sensible, también soy capaz de ver y reconocer otros cuerpos y otros hombres. El esquema del cuerpo propio es, puesto que me veo, participable por todos los demás cuerpos que veo: es un léxico de la corporeidad en general, un sistema de equivalencias entre el adentro y el afuera, que prescribe a uno su cumplimiento en el otro” (Merleau-Ponty, 1969:139).

Por lo tanto, en las reflexiones de Merleau-Ponty, se encuentra una idea fundamental, el dar un paso más allá en cuanto al problema del espacio y el cuerpo desde la mera percepción y en cambio, hay una apuesta decidida por el lugar en cuanto forma de mediación clave para el hombre entre el espacio y el cuerpo por medio de su existir en el hábitat. La esencia de la relación del hombre con el espacio por medio del lugar para residir, habitar.

Lo cotidiano como conocimiento

El primer apunte que pretendo situar en torno a las prácticas urbanas viene de considerar el flujo de información socioespacial dentro de lo vívido, es decir, haciendo hincapié en la separación entre cotidianidad y vida social. Dicha diferencia significa la introducción del tiempo que posibilita la observación de lo cotidiano y por tanto el cruce entre la existencia subjetiva pero también concreta en lo social. Indica David Le Breton:

“La existencia colectiva está basada en un encabalgamiento de rituales cuya función es regir las relaciones entre los hombres y el mundo, y entre los hombres entre sí. A través del propio camino, cada hombre simboliza con un estilo propio la multiplicidad de situaciones con las que se encontró una y otra vez. La vida cotidiana es el lugar privilegiado de esta relación, de este encuentro con el sentido, que se renueva en cada momento” (2010:93).

Los usos del cuerpo permiten el estudio de lo cotidiano y al mismo tiempo hay un fenómeno intrínsecamente espacial en la percepción del cuerpo por parte del sujeto, pues gran parte del proceso de socialización consiste en la experiencia constante del habitar. Espacialidad y temporalidad consistentes en gestos socialmente admitidos, arraigo corporal, tejido continuo de sensaciones, factores de constante remisión a la presencia corpórea dentro de la estructura social simbolizando también el encuentro ante una familiaridad notable que es la ciudad.

No hace falta una observación muy detallada para darse cuenta que en esta asociación entre usos del cuerpo, cotidianidad y espacio urbano, la realidad no se confina al registro

cartográfico, la huella geográfica que instauro el poder de demarcar los usos correctos de una abstracción, sino en un rescate para una actividad gnoseológica básica: el acto mismo de recorrer el espacio, los andares como puestas en duda del predominio absoluto de la mirada heredado de la modernidad racionalista que presagiada por Simmel y expuesta con nitidez por Le Breton ha conducido a una vida social urbana reducida a un “crecimiento excesivo de la mirada y a una suspensión o a un uso residual de los otros sentidos, cuyo uso pleno el hombre sólo encuentra en los límites del hogar” (Le Breton, 2010:102).

Por tanto, si queremos ampliar la percepción del cuerpo como simple estatua pensante, que coadyuva a la escenografía de una ciudad monumento que apela a la mera contemplación espectacular, es necesario recurrir a una simbólica del espacio urbano a través del uso del cuerpo donde los sistemas de comportamiento tienen una relación directa con el sistema de imágenes y representaciones (Hall, 1978).

A continuación presento algunos elementos recurrentes de la expresión del racionalismo urbanista y su interpretación en México a partir de las ciudades contemporáneas recurriendo a una idea clave para entender esta descripción: la ciudad como metáfora del cuerpo social.

La ciudad como cuerpo fragmentado

Decía con ironía Paul Virilio (2006) que la ciudad dejó de ser un espacio de callejeo y se convirtió en una trama de trayectos de circulación obligatoria. Este carácter coercitivo fundado en la impersonalidad exterior, pero al mismo tiempo en la extrema vigilancia por medio de la mirada como recurso de apelación, han forjado una representación de lo urbano abstracta, desconectada de la caminata y el desarrollo de otros sentidos.

La separación entre paisaje urbano y cuerpo sensorial nos remite a una sociedad en desarraigo, con una fuerte tendencia a la fragmentación. Si bien toda ciudad desde su nacimiento ha sido un conjunto múltiple con diversos contenidos, tipologías y usos de suelo, sólo en la modernidad podemos entender la gestación de un proyecto urbano antagónico que consiste en sitiar, confinar, reducir al otro, es decir, el confinamiento de la práctica del espacio a través de la negación del lugar (De Certeau, 1996:122).

En la ciudad moderna, la fragmentación es un sello característico de la impersonalidad de no-lugares que se multiplican en menoscabo de la exploración y lo habitable. Diversos autores como Harvey (1992) centrado en la dicotomía entre valor inmobiliario e ingreso económico, Borsdorf (2003) desde el punto de vista morfológico entre la tensión de la tendencia sectorial-lineal y el crecimiento orgánico-celular o Castells (1999) con una sociología urbana desde su vinculación al concepto de segregación por medio de estratificación y jerarquía socioespacial, han abordado este fenómeno en términos de la ciudad como dispositivo de organización que se quiebra y especializa en múltiples compartimentos.

Desde este esquema, si bien muy fecundo para una noción estratégica de la planeación urbana cuya aspiración es la geometría definida por el urbanismo, también es cierto que su inserción dentro del racionalismo no agota la riqueza y profundidad del fenómeno. Así, es importante recordar como De Certeau subraya que el espacio es un lugar

practicado, en el sentido de que todo espacio se produce por una actividad interpretativa del sujeto y en el caso de la ciudad, el caminante (1996:129).

El caminante no experimenta el espacio en sí, más que el entorno, construye el paisaje en su propio andar, hace camino con su cuerpo. Participa de una forma dialógica en la interacción con el ambiente en el mismo sentido en el cual el filósofo Richard Rorty (2009:351) abogaba por el entendimiento del acto de conocer no como algo con una esencia desde la cual una clase privilegiada de individuos resguardaría el significado puro y verdadero, si no de la comprensión del conocer como una conversación constante. Aquello que desde la librería de lo filosófico parece muy osado, darle prioridad a la democracia sobre la idea de razón, desde lo urbano revela una dialogicidad cargada de sentido: el espacio público como punto de contacto entre la ciudadanía.

El conversar de la ciudad moderna, sin embargo, desaparece poco a poco frente a un espacio constituido por una amalgama de no-lugares. La experiencia urbana del individuo se vuelve un recurso de apelación a una monotonía constante de lo efímero, de la ausencia, entre un desierto de asfalto, concreto y cristal reflejo que “un poder tecnocrático crea por todas partes y que coloca al habitante bajo vigilancia (¿de qué? no se sabe)”(De Certeau, 1996:116).

La reducción de la complejidad del fenómeno urbano, se presenta entonces en la remisión a un cuerpo imaginado desde la situación donde la expresión pública espacial no toma la forma de un diálogo, sino de la intervención y el acecho dado por la pugna entre exterior e interior.

El cuerpo interviniente en la ciudad moderna, o más bien intervenido, es un cuerpo estupefacto, restringido a la mirada convertida en la expresión de un triunfo pírrico de la arquitectura y el urbanismo racionalista por medio de la sumisión a la circulación de vehículos, pantallas y desfiles de imágenes, complejos residenciales, torres y rascacielos, como revelan las perspectivas de famosos arquitectos y urbanistas como Robert Venturi (1998) o Rem Koolhaas (1978).

El cuerpo que emerge de esta negación de la conversación de la ciudad es mudo, incapaz de trazar una distinción para el espejo y por tanto, hace del mundo que lo envuelve un simulacro. Esta es la apuesta de las nuevas realidades urbanas en el conjunto de lo global: el cuerpo es un mal necesario que come, respira, deshecha pero que también es innegable, por lo cual su existencia se tolera en un silencio propiciado por la incertidumbre y el desapego al espacio público.

Los dilemas de la individualidad radical son vividos en Occidente a través de la figura clave del egocentrismo que con profundidad e ironía describe el sociólogo anglopolaco Norbert Elías muy a propósito de nuestro interés:

“Sociedades más simples —y, siempre, niños de todas las sociedades— ofrecen aún hoy ejemplos de seres humanos que todavía no poseen la capacidad de verse a sí mismos y a sus compañeros de grupo desde lejos, como espectadores asomados a la ventana de un edificio, al mismo tiempo que, por así decirlo, están actuando en la calle. Ciertamente, también ellos poseen conciencia de sí mismos y de otras personas, pero aún viven y actúan directamente en el trato y la relación con los otros. Todavía no tienen acceso a

una forma de experiencia y a un mundo conceptual que hace posible que el ser humano tenga también conciencia de sí mismo como algo exterior e independiente de su propio grupo, como una persona hasta cierto punto enfrentada a su propio grupo” (2000:122-123).

Para este cuerpo teórico la conexión entre ciudad y espacio social aún existe desde una fuerte tendencia a considerar inacabada la forma en la cual el fenómeno moderno muta y transforma el entorno, todavía ataca el alejamiento de la expresión colectiva en los términos en que se manifiesta el cuerpo político de la urbe en lo público. La tensión por lo tanto, aún anima a la parte intelectual de la Comunidad Económica Europea y su noción del espacio practicable. Pero ¿qué sucede en la esquina del tercer mundo?

Del cuerpo fragmentado al cuerpo destrozado: la ciudad mexicana

La función de espejo es un punto de partida para entender nuestra propia imagen, una remisión necesaria para el desarrollo de una forma autoconciente de ser y habitar. Dado que el fin de este trabajo es establecer una interpretación de la ciudad como metáfora del cuerpo, no tenemos de otra que declarar la introducción de la modernidad urbana como el punto de contacto con el espejo en el cuerpo político de la sociedad mexicana.

Pero, para entender esta realidad del cuerpo político inserta en la mexicanidad, es preciso invertir el plano de expectativas con que la teoría sociológica moderna simplemente advierte el riesgo de la cultura como simulacro en los Estados Unidos y Europa. Mientras que la disolución de lo social en lo imaginario es una expresión con que sociólogos como Baudrillard (1978:169), identifican el fin de lo social, es decir, de una tendencia a la expresión del cuerpo político como realidad posible o en Bauman (2006) del advenimiento de una cultura líquida que paulatinamente hace efectivos los vaticinios de Marx de una modernidad que desvanece lo sólido; en México hablamos de un auténtico reino de lo imaginario que rara vez hace evidente su propia simulación.

Hace poco Agustín Basave Benítez dedicaba una obra completa a este mecanismo de simulación construido en torno a las prácticas culturales y apuntaba para ilustrarlo preguntándose por qué hay una tendencia tan particular y característica del liberalismo mexicano que se refleja directamente en la problemática socioespacial:

“He aquí uno más de los síntomas de nuestra esquizofrenia. Pregonamos los valores comunitarios y cotidianamente, en nuestra praxis cívica, ejercemos el egoísmo más acendrado. La depredación de nuestros recursos naturales y la falta de respeto por los espacios públicos las practican el rico y el pobre y son sólo dos ejemplos que nos dejan muy mal parados frente a las sociedades europeas o norteamericanas. Se trata, como sugerí antes, de un problema del sentido de pertenencia y de propiedad: lo que es de todos no es de nadie. La identidad colectiva pasa de la individualidad o la familiaridad a la colonia o la capilla, dejando a la cohesión social y a la nacionalidad en una vaporosa abstracción” (2010:78-79).

El resultado de esta impersonalidad es una disociación entre una cultura dirigida hacia la intimidad y otra al espacio público. En la manifestación externa y las palabras, la sociedad mexicana condena a través de sus sistemas de mediación, las telecomunicaciones, el abismo entre la norma y la realidad, a través de la sala de sus casas cada telespectador contempla una realidad bajo el lente de una perfección absoluta que es un tribunal de la verdad, pero en la forma no aspiracional de lo cotidiano se revela la cruda realidad de los espacios públicos y el patrimonio histórico y natural: la exaltación del pillaje y el saqueo como fórmula de concreción de un auténtico mexicano, festejo por el destrozo con la satisfacción impune del dañador a medida que la aplicación de la ley es una sugerencia.

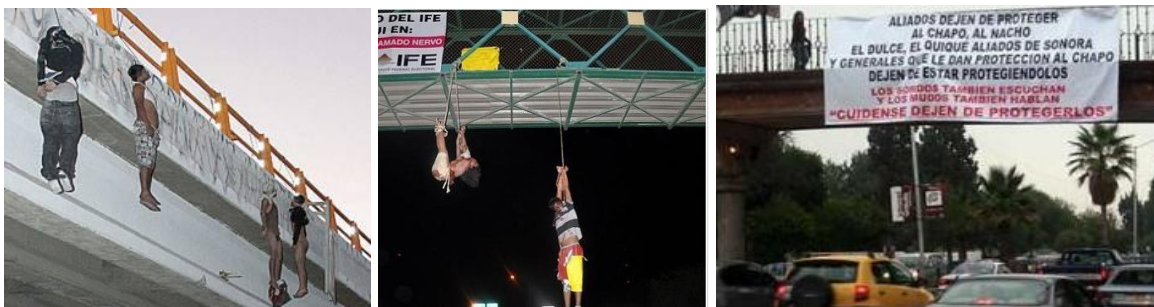
Esta situación paradójica que abrimos en nuestro texto a partir de la función de espejo, surge en la cultura mexicana como esquizofrenia, es decir, una separación entre el ego y el mundo exterior que trae como consecuencia la pérdida de los límites del yo. Cuando el ego no tiene límites la gobernanza es imposible pues el tejido social no se compone de un equilibrio entre emoción y decisión racional —interacción cuerpo - mente— y ante un escenario así, tenemos un flagrante resultado: el paisaje urbano mexicano está destrozado, sangrante y en resguardo.

Examinemos un poco el cuerpo ultrajado de la ciudad mexicana. Las calles y avenidas que son simbólicamente venas y arterias, nos revelan dos usos no considerados por la planificación funcional, la terrible agresión a cualquiera que ose caminar cerca de raudales de coches que son cápsulas de vértigo donde aflora lo peor de cada individuo por la posesión territorial de lo efímero, mientras el recorrido contiene tantas y tan variadas imágenes multiplicandose en cada horizonte descubierto con la mayor cantidad de publicidad posible, como si la meta fuera llenar cada hueco de lo visible con todo el catálogo de servicios de lo existente.



Fig. 1-2. Ejemplos de contaminación visual.

Bajo este reino de imágenes fluctuantes que parecen medir su salud por medio de la circulación constante e incesante de un torrente vehicular, una nueva clase de marcadores urbanos imprimen un sello especial para interrumpir de golpe como si todos recibieran una sacudida a través de un tapón de grasa para las arterias, el bloqueo del día, la marcha establecida con o sin razón, la narcomanta colgante de un puente, el coche baleado, los colgados o destazados levitantes en un puente o depositados al pie de una escalera. Espacios funcionales y semiosis no prevista por ninguna planificación.



Figs.3-4-5. Ejemplos de marcadores urbanos gestados por el narcotráfico.

En el encuentro de lo cotidiano, la imagen de la vivienda conoce la proliferación de súpercelulas aspirantes a propagadores de anticuerpos: los vecindarios de acceso restringido y en la modalidad mexicana, son los propios vecinos además de las autoridades, quienes secundan vallas o muros de diversos materiales aspirantes a blindajes que permitan la inmunidad requerida ante los peligros impredecibles de la urbe, si la colonia o residencia en cuestión no contaba con tal equipamiento al momento de su venta, incluso dentro de fraccionamientos ofertados bajo el concepto de vivienda de “interés social”. La claustrópolis (Virilio, 2006:73) como signo de una demanda habitacional expresa el deseo simbólico de una demanda de forclusión tanto en sectores residenciales como en amplias capas de la clase media.

De esta inseguridad y temor se extrae un factor funcional que a la inversa del uso de suelo previsto para la circulación, aquí se basa en la explotación totalmente previsible de una veta para el gran capital comercial. La publicidad inmobiliaria coloca en primer plano todo lo que tenga que ver con amurallamiento, vigilancia o corte de flujos de circulación ante un consumidor desesperado.



Figs. 6-7. Ejemplos de nuevos blindajes residenciales improvisados.

Pero como todo límite de lo funcional, su doble opuesto, es decir de la vivienda amurallada de uso individual y restringido, tenemos la cárcel, los centros penitenciarios, auténticas escuelas de formación para criminales y potenciales aspirantes definidos como tales ya por el simple hecho de pisar ese lugar. Ambas —vivienda y cárcel— son la expresión de una

sola idea que es el confinamiento y en la realidad mexicana, ambas mantienen el símbolo de la seguridad como un mito de protección más que como acción efectiva.

Al igual que en las reglas del capital comercial, un gran sector de esa vivienda que no se puede pagar y exige un output del sistema a través del desalojo y la ocupación efímera por medio de inquilinos (los llamados aviadores o posesionarios), en el mundo penitenciario con la fuga constante de reos da una muestra elocuente de una seguridad de papel, es decir, de una cultura donde el cumplimiento de la contemplación formal y el límite a través de los muros y torres de vigilancia no secunda la obsesión funcional: una cadena informal de desalojo y reocupación llena de intersticios y vacíos. Cada uno de ellos normados y regulados por tramas de significación espontánea.



Figs. 8-9. Vistas de centros penitenciarios.

Ni las vallas improvisadas van a impedir que se fuguen los criminales ni estos, van a encontrarse resguardados y en proceso de readaptación, sólo la ilusión de una seguridad imaginaria, respaldada en la dicotomía histórica y milenaria entre interior – exterior que secunda y coordina lo propio que se valora en la semiosis del cuerpo: adentro lo que fascina, afuera lo desagradable, coordina la experiencia de los centros penitenciarios.

Pero, así como en un extraño viaje de autodescubrimiento, la cárcel en su sentido no institucional ofrece la posibilidad de que cada individuo retorne a la ciudad pánico con una nueva aportación aprendida durante su estancia, un producto derivado de la adjudicación institucional que se hizo a su status de criminal sin prestar atención a los estímulos del entorno. Esta lenta destrucción de la personalidad que marca una categoría social al hecho de pisar un lugar que rige la inmersión a la penitenciaría, es una idea que en las ciudades espectáculo tiene su correlato desde la obsesión por demarcar, segmentar situar y vigilar. El panóptico que se vuelve urbe.

Conclusión: espacio público y capital social

La inseguridad urbana propone un actor emergente para las ciudades del nuevo milenio y en el caso de México, esta situación se vive de manera por demás dramática. El capital social que en apariencia puede incrementarse en el cuerpo comunitario al proponer acciones coordinadas de seguridad o con patrullas vecinales, muy pronto ve menguada su efectividad

potencial y significativa, es decir, no se constituye en un ámbito de trascendencia para lo doméstico, sino que se convierte en un espacio donde el flujo de comunicación se interrumpe y cede el paso a una proxémica basada en la desconfianza, a través de una comunicación pública centrada en la paradoja interior – exterior.

El capital social circulante desde una fuerte contraposición entre lo público y lo privado, tiene un escaso nivel de vinculación y como resultado, termina siendo un factor coadyuvante para la dinámica de privatización del espacio público, que se mantiene constante en los últimos treinta años. Putnam (1995: 65-78) mostraba de forma muy interesante como la importancia de una adecuada distribución vinculativa entre espacio público y capital social, repercutía de forma directa en la criminalidad generando factores de repercusión al nivel de variables de primer orden como la pobreza.

Un capital social en potencia, sin vinculación, es como un urbanismo sin sujetos, monológico, perdido en el árido mundo de la especulación inmobiliaria: un cuerpo fragmentado, visible, pero no comunicable, sólo preocupado en el encierro y multiplicación de sus signos.

Bibliografía

- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- Borsdof, A. (2003). *Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana*. Santiago, Chile: EURE Vol.29, No.86.
- Castells, M. (1999). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: ITESO-UIA-CFEMC.
- Elias, N. (2000). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Francisco, B. A. (2010). *Mexicanidad y esquizofrenia: los dos rostros del mexijano*. México: Océano.
- Hall, T. (1978). *Más allá de la cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Harvey, D. (1992). *Urbanismo y desigualdad social*. México: Siglo XXI.
- Koolhaas, R. (1978). *Delirio de Nueva York*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Lacan, J. (1987). *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Le Breton, D. (2010). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Merleau-Ponty, M. (1969). *Filosofía y lenguaje*. Buenos Aires: Proteo S.A.
- Putnam, D. (1995). *Bowling Alone: América's Declining Social Capital*. EUA: Journal of Democracy.
- Rorty, R. (2009). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Venturi, R. (1998). *Aprendiendo de las Vegas: el simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico: el afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Nuevas reglas para los medios de comunicación en los procesos electorales: anatomía de reglas inconclusas²⁴

Introducción

En el ámbito de la sociología de la comunicación, el caso de la comunicación política es un tema básico de estudio, pues del funcionamiento del espacio público y las reglas de mediación establecidas por las instituciones políticas, las autoridades electorales y los medios de comunicación, se derivan importantes cuestiones relacionadas no sólo con el ámbito eleccionario y sus reglas de competencia para el acceso al poder, sino de la percepción e interpretación de la gobernabilidad y la vida democrática del país. Estas cuestiones son clave para entender en muchas ocasiones el éxito o el fracaso de proyectos de reforma legislativa, que no se traducen sólo en el minúsculo compartimento integrado por los legisladores, partidos políticos y empresas de comunicación. La comunicación política de la sociología se entiende como un instrumento de observación y análisis de las dinámicas de interacción expresiva del sistema social.

Este ensayo, se propone explorar el ámbito de la comunicación política desde un término fundamental para el desarrollo de un proyecto de reforma en materia electoral: el *espacio público*. En el ámbito de este espacio, la comunicación deja de ser solo una línea de transmisión informativa absoluta entre las élites políticas y económicas y se concentra en la observación del equilibrio entre información, comunicación y representación. La comunicación política, en este sentido, es observada como una manifestación de variantes y escenarios en los cuales se reproducen, tanto, opiniones como noticias, leyes y decretos. Por lo tanto, considera a una reforma constitucional como un proceso normativo donde existe una diferencia entre legalidad y legitimidad.²⁵

La teoría del nuevo espacio público

En 1993, dentro de las actividades del seminario internacional *Libertad y justicia en las sociedades modernas*, el prestigiado sociólogo italoamericano Peter L. Berger abordó en la mesa de discusión titulada *Individualismo y comunitarismo en las sociedades modernas*, un concepto básico con el cual pretendía establecer un contacto intermedio ante la polaridad de dicha temática: la institución mediadora.

Para Berger, la libertad es un valor que requiere un contexto institucional que fomenta al mismo tiempo su propia negación a través de lo comunitario, con la finalidad de evitar un absolutismo de la propia liberalidad. Berger habla de un liberalismo que si bien revela su predominio como sistema tras la caída de los regímenes comunistas, también trata de volver observable su propio punto ciego, presente en un sistema donde el consumo, el

²⁴ Este texto fue premiado con Mención Honorífica en el X Certamen de Ensayo Político convocado por la Comisión Estatal Electoral de Nuevo León en diciembre de 2009.

²⁵ Jürgen Habermas. *Ensayos políticos*. Península. Barcelona, 1987. p.81

hedonismo, el egoísmo, la individualidad y sus excesos, terminan por eliminar también la necesidad del ser humano por estrechar lazos de solidaridad, cooperación y apoyo. Para este sociólogo, dicho riesgo contenido en el término “libertad individual”, es susceptible de introducir instituciones de equilibrio que les permitan a los individuos no sólo la apología constante del factor personal, sino además la satisfacción de contar con un contexto comunitario en su desarrollo social.²⁶

Este argumento se enfoca en la integración al sistema social de instituciones, que si bien protejan la libertad de expresión individual, al mismo tiempo, ofrezcan también una solidaridad comunitaria, es decir, un ámbito de pertenencia para lo social desde la localidad. Desde esta perspectiva una institución mediadora es un principio de selección de valores sociales y posibilidades de estrategia política, las cuales permiten un juego de contrapesos con la finalidad de evidenciar el riesgo que implica una visión enajenante de la individualización.

Este rol de instituciones mediadoras, de las cuales las más reconocibles —a través de este texto— son los medios de comunicación, los cuerpos legislativos y los propios partidos políticos, se forman dentro de un espacio público, el cual es consubstancial a la vida democrática. Y tiene dicha categoría debido a que su funcionamiento como sistema de medios permite que el dispositivo institucional y tecnológico pueda presentarse a un lector, —observador— el público, en tanto que categoría colectiva. Toda institución mediadora es por una parte afirmadora de la libertad individual en la decisión y expresión de los participantes que forman la esfera de lo público, pero también desempeña una función de vigilancia respecto al proceso operado entre información y comunicación.

Ahora bien, un nuevo espacio público surge de este ámbito de reconocimiento de los contextos de mediación institucional, ya que las sociedades dentro de economías liberales y de mercado, promotoras de la tercerización y el consumo, apelan a un concepto clave que sustituye al término “sociedad de masas” propio de la industrialización, los medios. No es exagerado afirmar como lo sostiene Jean Marc Ferry que estamos en una sociedad de medios donde se mediatiza la comunicación de las sociedades consigo mismas y entre sí.²⁷

El resultado de este proceso es que la democracia masiva, per viviente en los procesos de elección a cargos de representación popular, se halla en un contacto directo e indispensable con la comunicación política. Pero a su vez, “el público del que se trata no está limitado en absoluto al cuerpo electoral de una Nación: más bien se trata de todos los que son capaces de percibir y comprender los mensajes difundidos”.²⁸ De una parte hablamos de ese proceso relativo a las normas y leyes que son el objeto de un ordenamiento jurídico y por el otro, de un reconocimiento reflexivo y voluntario de lo que Habermas caracteriza como “aspiración normativa a la justicia”.²⁹

Las leyes generan comunicaciones. Hay normas jurídicas que apuntan a la legalidad, pero también un mundo de símbolos formando procedimientos de legitimación. Así, un

²⁶ Ver *Individualismo y comunitarismo en las sociedades modernas*. En *Libertad y justicia en las sociedades modernas*. Miguel Ángel Sánchez (Coord). Porrúa. México, 1994. p.231-232

²⁷ *Las transformaciones de la publicidad política*. En *El nuevo espacio público*. Ferry – Wolton y otros. Gedisa. Barcelona, 1998.

²⁸ *Ibid*, p.19

²⁹ Jürgen Habermas. *Op.Cit.*

riesgo emana de esta mediatización que se transfiere al espacio público, ya que por un lado, la estructuración de este espacio basada en la generalidad y las decisiones mayoritarias, tiene poca posibilidad de integrar una comunicación política de las minorías —donde estas acatan una voluntad por medio de una regla como procedimiento de legitimación— y por otra parte, esta mediatización estructurante produce una inflación de la comunicación política, la cual se traduce en la pérdida de representatividad de los actores políticos y la incapacidad del poder para la integración de la experiencia social, necesaria para el funcionamiento de instituciones mediadoras.³⁰

El objetivo de este ensayo se concentra precisamente en este punto, ya que trata de explorar los tres puntos centrales del nuevo espacio público en la comunicación política por medio de la relación entre información, comunicación y representatividad, para el caso de la Reforma Electoral aprobada por el Senado de la República en 2007 y como esta reforma obedece a puntos de vista, necesidades y motivos ajenos a una concepción de institución mediadora y en cambio se interpreta a partir de un funcionamiento individualizado, que establece la necesidad de un árbitro de poder y legitimidad al margen de la ciudadanía, principal foco de la democracia electoral y que se encuentra ausente de la discusión sobre el papel de los medios de comunicación en elecciones a cargos públicos.

A grandes rasgos, el supuesto de esta exploración parte de considerar que el proceso de reforma electoral de 2007, en el caso de la relación de las campañas políticas con los medios, se gesta desde un enfoque de la ciudadanía vista como una masa electoral, para la cual no existe ninguna vinculación mediatizadora dentro del nuevo espacio público, y es parte aún de campañas estructuradas en función de conceptos atomizados e individualizados de la comunicación.³¹ Si una teoría del nuevo espacio público tiene aún problemas de integración política para las minorías y una dificultad para ofrecer soluciones claras ante la pérdida de representatividad de la clase política, es aún más grave el hecho de no contar ni siquiera con un escenario de riesgos probables ante un proceso de comunicación como son las leyes y decretos que regulan la participación política y las reglas del juego electoral de un país.

Reforma y ley, la información

La propuesta de reforma electoral presentada en LX Legislatura del Senado de la República en diciembre de 2007,³² tiene visibles cambios constitucionales y leyes secundarias que contemplan dos puntos muy claros de su modificación: la consolidación del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe) como un marco de renovación estratégica en materia electoral y un cuerpo de modificaciones que la propuesta identifica

³⁰ Ver Alain Touraine. *Comunicación política y crisis de la representatividad*. Ferry – Wolton y otros. *Op. Cit.* p.47

³¹ Este significado proviene de un entendimiento de la recepción de la comunicación como masiva, es decir como una “colectividad amorfa cuyos miembros casi no se distinguen entre sí”. Ver Denis McQuail. *Introducción a la teoría de comunicación de masas*. Paidós. México, 1996. p.54

³² El documento puede consultarse en la página <http://www.senado.gob.mx>

como ejes de los cambios efectuados. Esta última dice lo siguiente en su punto III relativo a los fundamentos constitucionales, con el apartado número 16:

*“Las nuevas normas constitucionales en materia electoral tienen como ejes rectores los siguientes: el nuevo modelo de acceso de partidos y autoridades electorales a la televisión y la radio; un nuevo sistema de financiamiento público a los partidos políticos, que deberá producir, a partir de las elecciones intermedias de 2009, una significativa reducción de los recursos públicos y del gasto en campañas electorales; la renovación escalonada de los consejeros electorales y del consejero presidente del Consejo General del IFE, cuya primera expresión deberá producirse en los siguientes días, cuando la Cámara de Diputados ejerza sus facultades, una vez realizada la consulta a la sociedad que ordena el nuevo texto del artículo 41 de la Carta Magna, y finalmente un conjunto de importantes cambios que habrán de fortalecer la autonomía y capacidades del IFE en materia de fiscalización de los recursos de los partidos políticos, la transparencia de su información y la racionalidad y eficacia en el ejercicio del gasto público utilizado para la organización y desarrollo de los procesos electorales”.*³³

La operación de estas propuestas de reforma, buscando una adecuada integración y transparencia en los recursos de las campañas con el acceso a medios y las formas de transmisión de la comunicación política, basan su desarrollo en una regulación del IFE, que a partir de los llamados “tiempos oficiales”, el tiempo del que dispone el Estado mexicano de manera gratuita (48 minutos al día en los medios electrónicos), sea gastado en las campañas y propagandas de los partidos de acuerdo a una repartición proporcional basada en los resultados de las últimas elecciones.³⁴

El total de minutos repartido por el IFE para los partidos políticos en medios electrónicos de comunicación, es de 41 minutos y los siete restantes serán parte de la autoridad electoral. Cabe destacar que los motivos declarados en la propuesta, se refieren de forma literal de manera reiterada en que “el objetivo, conforme a los consensos alcanzados, es que el financiamiento privado quede sujeto no solamente a mayores y más estrictas regulaciones, sino que el monto total permitido a cada partido sea sustancialmente menor al hasta hoy autorizado”.³⁵

Tres temas se destacan de lo anterior, reducir los gastos de campaña de los partidos políticos, sujetar a mayores regulaciones a la sociedad civil en materia de financiamiento a

³³ *Ibid*

³⁴ “El tiempo asignado a los partidos, tanto en precampaña como en campaña, será distribuido conforme a la norma constitucional: treinta por ciento en forma igualitaria y el resto de manera proporcional a los votos obtenidos en la elección federal para diputados inmediata anterior; en el caso de las entidades federativas, la distribución proporcional se realizará considerando los resultados de las última elección para diputados locales en la entidad de que se trate”. *Ibid*. Apartado A. Radio y Televisión.

³⁵ *Ibid*

los partidos y por último, la referencia a los consensos, procedentes del debate entre los grupos parlamentarios.

Este es un vaivén político y legislativo que en un mismo espacio pretende unificar las reglas electorales en vista de la polémica desatada en las elecciones presidenciales del 2006, debido al apoyo económico y estratégico brindado por los grupos empresariales y los consorcios de telecomunicación al Partido Acción Nacional, la franca intromisión del gobierno federal emanado de este partido en las campañas y la escasa capacidad de sanción a las propagandas negativas y dolosas utilizadas en su mayoría, también, por el partido gobernante. Esta situación creó un panorama de riesgo de gobernabilidad en 2006 ante la negativa del candidato de oposición Andrés Manuel López Obrador y su equipo de campaña para aceptar los resultados de los comicios electorales. Y este contexto factual surge como una necesidad de discusión en los órganos legislativos, ya que considerando el factor gobernabilidad el TEPJF resuelve los hechos denegando sanciones y haciendo una amonestación pública inofensiva.

La reforma 2007 en materia de legislación electoral para las campañas en medios electrónicos, se concentra en una propuesta de reconciliación política hacia los partidos, pero esto es meramente una apariencia, y lo es por que dicha reforma no asume los contextos de participación legislativa si no resultados electorales que tienden a favorecer poderes consolidados. Es decir, la buena voluntad sólo llega a la invitación a la conciliación, pero no de las reglas a través del análisis de fondo en las estructuras, si no de los intereses grupales que reclaman su acceso al poder. Así, los partidos de mayoría gozarán de mayor tiempo de propaganda respecto los minoritarios, situación que en nada cambia el escenario del 2006. También la reforma explota un aspecto que estará relacionado con el control político de los mensajes, pues se basa en la regulación de los contenidos. Los partidos grandes seguirán siendo tales y la cuestión de una campaña negativa no la decidirá la educación ciudadana si no el grupo de notables coordinados por el IFE.

Destaca en estas modificaciones el estrecho margen de consulta aplicado y la ignorancia premeditada de diferentes sectores de opinión en el proceso, al ser tratado como un asunto de ámbito restringido para la clase política y por tanto de sus acuerdos particulares. Y esto último es, lo que al parecer, predomina como interpretación en el desinterés ciudadano por el tema y la escasez de elementos de divulgación fuera de la información legal, hermética y oscura en su reconocimiento para la mayoría de la población. De tal manera, en la parte referente al ordenamiento jurídico, tenemos una ley electoral basada en un legalismo autoritario ya que pretende una pacificación de las contiendas a través del ejercicio de un arbitraje con una función al margen de los factores de legitimidad. Si una reforma se pretende legal, debe contar con el factor de legitimidad surgido de la aceptación conforme a la explicación y comprensión de diversos grupos sociales en diferentes sectores.

Reforma y opinión, el sistema de comunicación

Desde el ámbito de las empresas de telecomunicación surgieron lo que podrían haber sido debates y se quedaron en simples quejas y campañas frontales contra la propuesta y su implementación. El contexto es bastante obvio ya que en 2006 por ejemplo, el 56% del gasto de campaña de los partidos se destinó a radio y televisión. Las cifras de publicidad en dichas empresas llegan a contemplar cantidades desde 40 mil pesos por minuto en horarios y canales locales hasta 500 mil en cadena nacional en horario estelar. Esa gigantesca base de recursos económicos para el duopolio de medios electrónicos formado por Televisa y TV Azteca, no iba a terminar sin una batalla mediática.

Así lo hicieron por medio de un ejército de periodistas y “líderes de opinión”, quienes no desaprovecharon el tiempo para crear un auténtico campo de guerra tele mediática bajo el argumento de la coacción a la libertad de expresión, el cual se ha convertido para estas empresas en el único tema a discusión cuando sus privilegios o prerrogativas peligran, tal y como fue en el caso de la Ley Televisa.³⁶

Los medios, al igual que el cuerpo legislativo de los partidos políticos, enfoca el problema electoral en función de sus intereses de grupo y estos se ven afectados ante la negativa de abandonar una parte de sus recursos económicos. Mientras en la propuesta del senado hay una sujeción al ordenamiento jurídico, en la parte de los medios predomina una desobediencia basada en el disenso hacia todas aquellas prácticas que contradigan el individualismo posesivo, la necesidad de rendimiento y la seguridad material.³⁷

Esta polaridad abismal entre legalidad —basada en legalismo— y un ámbito de legitimidad, individualista por el otro, propician claroscuros en la ley, que distan muchísimo de ser auténticos promotores de equidad y transparencia social. Si desde la propuesta de ley se tomara en serio el factor de legitimidad procedente de la mediación en el espacio público, sería evidente que las empresas de comunicación no dependen en sus ingresos de un sólo factor, si no que su funcionamiento de consorcio de medios, los faculta a tener participación en muchos ámbitos relacionados, uno de ellos es la prensa, y el otro, internet. De manera que en lo tocante a sus recursos podría verse una forma en que puedan ser menos afectados, pues si bien los límites se encuentran bien definidos en lo tocante a radio y televisión, tanto la red como los periódicos no tienen apartados específicos de regulación.

El otro ámbito de discusión de la reforma en los medios, que no sólo se basa en la denuncia de coacción al liberalismo de opinión, puede ser la percepción del propio medio de comunicación acerca de su actividad. Bajo la crítica directa y en revancha por la evidente fuga de ingresos, los medios de comunicación presentan un alegato en forma de representación unánime, es decir, una figura de consenso capaz de regularse a sí misma

³⁶ Un dato relevante: “Durante las elecciones parlamentarias del 2 de julio de 2003, Televisa obtuvo 62.7 millones de dólares por ventas de publicidad política, cerca del doble de la cifra que la empresa esperaba recibir, de acuerdo con Dow Jones”. En Gerardo Reyes (Coord). Los dueños de América Latina. Ediciones B. México, 2003. p.256

³⁷ Ver Habermas, *Op.cit.* p.96

respecto al proceso de información y que por lo general toma la forma de un personalismo³⁸ a través de ataques individuales (como ya se había visto antes con el ataque a los senadores Javier Corral y Manuel Bartlett en el asunto de la Ley Televisa) o bien hacia grupos particulares (en este caso, la clase política mexicana). Este reduccionismo operativo que se da en la organización de noticias, es una forma de análisis recurrente en el periodismo audiovisual, ya que los problemas se enfocan en el cambio de figuras y nombres de diversos sujetos, actores o individuos y se deja de lado la discusión de fondo respecto a los problemas.

El consenso con los medios y una práctica comprensiva de la información, como bien ha dicho en otras instancias el sociólogo alemán Niklas Luhmann,³⁹ son difícilmente realizables en su característica de sistema de comunicación, ya que dependen de un ejercicio de selectividad y diferencia que los lleva a operar invariablemente en una exigencia constante de anomalía y reducción de complejidad.

Esta exigencia los convierte en una instancia de observación que compite constantemente con el estado y las instituciones legislativas sosteniendo una función de vigilancia.⁴⁰ Por tanto, el medio no trata de participar como una institución más en la construcción de una legitimidad, se convierte en un árbitro de la información que busca imponer sus necesidades y prerrogativas dentro de una política cada vez más dependiente de la comunicación audiovisual con sus dinámicas y condiciones interpretativas.⁴¹

Por ello, del lado del sistema de comunicación sostenido por los medios, se procesa la información proveniente del aparato legislativo a través de una imposición de esquemas repetitivos que no tienen otro fin que la defensa económica, pero que sirven para desarrollar secuencias diferidas, cuyo mensaje consiste en un llamado continuo a la vigilancia de la clase política y su descalificación constante.

La tensión se encuentra en la exigencia de más ingresos desde empresas que de por sí son una fuente descomunal de recursos, pero que bajo el control de la transmisión del discurso político, orientan la perspectiva política ciudadana aprovechando la falta de contrapesos culturales y educativos, como el hábito de la lectura en la población.⁴² Este enclave se ve favorecido por un fracaso evidente de la democracia electoral en la economía

³⁸ Ver Graham Murdock. *Organizar lo imaginario, control y autonomía de la comunicación masiva*. Premià. México, 1998.

³⁹ Cfr. *La realidad de los medios de masas*. UIA / Anthropos. Barcelona, 2000.

⁴⁰ “Los medios de comunicación mantienen, se podría decir así, a la sociedad en vigilia, despierta. Producen una siempre renovada disposición a contar con lo sorpresivo, con lo irritante”. *Ibid*, p.35

⁴¹ Javier Martínez Staines consigna respecto a la forma de conducción del multimillonario Ricardo Salinas Pliego, dueño de TV Azteca y su pretensión de ser el empresario de las masas: “Así es el hombre polémico, que en enero de 2000, en Davos, Suiza, era el único empresario mexicano que hacía y recibía una y otra llamada en su teléfono móvil durante una cena privada con el presidente Vicente Fox. Y el único en todo el Foro Económico Mundial que llevaba detrás de sí las cámaras de su propia televisora para ser entrevistado en cualquier oportunidad, de preferencia cuando los pasillos de la sala de congresos estaban suficientemente concurridos”. En Gerardo Reyes. *Op.cit.* p.228

⁴² “México es uno de los principales productores mundiales de libros en lengua castellana. Sin embargo, las cifras son un poco engañosas porque buena parte de los libros impresos son de texto (33%). En México se lee poco por los bajos niveles de escolaridad, la baja capacidad de compra y el poco aliento a la lectura”. Sergio Aguayo Quezada. *México en cifras*. Grijalbo. México, 2002. p.148

ciudadana, el descrédito de los partidos políticos y la inactividad radical de la clase media mexicana, sometida en gran medida a la opinión de los medios electrónicos.

Reforma y representación social

Una de las consecuencias del surgimiento de un mundo global con medios electrónicos de comunicación, viene del reconocimiento de que el poder tiene en su ingreso a la sociedad diferentes zonas, tiempos y condiciones para su redistribución.⁴³ Por lo tanto, sistemas centralizados de comunicación no son funcionales cuando hay demandas de participación de una sociedad civil cada vez más móvil y cambiante. De acuerdo a este escenario, las representaciones sociales fluctúan en complejas redes de situaciones y procesos que requieren criterios claros y accesibles de conocimiento, participación y corresponsabilidad por parte del estado.

La noción de sistema de representación cubre la necesidad de análisis sobre las categorías mediante las cuales una sociedad determinada ha creado una imagen de otros y de sí misma, es decir las formas en que ha establecido criterios de convención o diferenciación en su actuar social.⁴⁴ Por ello, toda persona necesita representaciones en el sentido de que al desarrollar una identidad utiliza una diversidad de modelos de base, que forman sus códigos culturales y las maneras en que entiende determinadas informaciones que recibe.

El reconocimiento de que la comunicación política tiene un ámbito de representatividad, no siempre se hace evidente en los sistemas democráticos, así que cuando se da esta situación, se abre una brecha entre oferta política y demandas sociales. Pero de igual manera, la exigencia de que el político no sea capaz de construir la escena política sino de que se someta en su ofrecimiento a las demandas sociales, permanece como un gesto indicador característico del nuevo escenario de las democracias representativas liberales: la disociación entre Estado y sociedad.⁴⁵

Touraine habla de un ámbito de crisis de la política como representación,⁴⁶ es decir, la existencia de una paradoja entre la adopción de una democracia representativa y la imposibilidad de que ningún grupo social sea portador de intereses generales. Este aspecto deja a la deriva el propósito central de la gobernabilidad democrática por representación que es el ejercicio del poder en diferentes ámbitos derivados y revela una tendencia cada vez más evidente de incompetencia para adoptar enfoques de mediación institucional.

Cuando una sociedad tiene escasa confianza en sus instituciones y estas no revelan ámbitos de mediación, se presenta un escenario desorganizado cuyo vacío trata de llenarse a partir de una mayor concentración de políticas masivas, las cuales son proyectadas ya sea

⁴³ Ricardo Uvalle Berrones. *Condiciones, procesos y horizontes en la transformación institucional y organizacional del Estado contemporáneo*. Iztapalapa, revista de ciencias sociales #56. UAM. México, 2004. p.22

⁴⁴ Ver Roger Chartier. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Gedisa. Barcelona, 2005.

⁴⁵ Alain Touraine. *Op.cit.* p.48

⁴⁶ *Ibid*, p.49

por quiénes ostentan los poderes económicos, políticos o incluso, los medios de comunicación con su capacidad de transmisión e imposición de ideas y candidatos bajo estrategias de publicidad y consumo.

De cara a las elecciones legislativas del 5 de julio de 2009, la Reforma electoral 2007 con su atención especial a los medios de comunicación se ha convertido en un activo contribuyente para el desencanto y el retiro de la ciudadanía del ejercicio político electoral. A pocas semanas del proceso electoral, los sondeos de opinión presentan marcadas tendencias hacia el abstencionismo, hartazgo de la publicidad y las formas de organización de las campañas políticas y hasta movimientos en defensa del sistema de elección pero en repudio a la clase política por medio de votos nulos o blancos.

Esto último tiene un gran registro de actividad y medios a disposición de dicha campaña en portales de internet y especialistas en marketing político ligados al partido en el gobierno, como se ha constatado en información de medios impresos,⁴⁷ lo que vuelve muy sospechosas a las campañas de voto nulo, independientemente de la manifestación de inconformidad ciudadana.

Destacados especialistas y académicos, que en otros momentos por medio de proyectos de reforma electoral tuvieron una incidencia positiva en la sociedad, como José Woldenberg,⁴⁸ hoy en día piden espacios para discusión y análisis dentro de los procesos para cercar lo que ha desencadenado un fenómeno de “spotización” de las campañas electorales que en nada ha trastocado la reforma del 2007 a pesar de prohibir a partidos, candidatos y ciudadanos la contratación de los *spots* en radio y televisión.

Esta crisis política presagiada en el ámbito electoral coincide con una pérdida de credibilidad y confianza en los partidos políticos, los cuales funcionan como elementos de reproducción de la estructura de poder económico y cada vez más se pone distancia nula en sus diferencias ideológicas.

Mientras que un sistema democrático exige participación activa, los partidos políticos ostentan prácticas autoritarias y elitistas y el mensaje enviado a la sociedad civil es reductivo hasta cumplir con el requerimiento de ese átomo fundamental de información política que es el *spot*; auténtico elemento mínimo y simple que extiende de manera radical la necesidad de los partidos y medios de contar, no con ciudadanos críticos e informados, sino visores y votantes pasivos que cumplan mecánicamente un rito de renovación con el fin de dar legitimidad a un gobierno donde los intereses de los partidos, millonarios e incluso hasta del crimen organizado, se codean con todos los ámbitos sin distinción a fin de mantener una estructura estable y vigente.

Conclusión

Un gobierno centrado en la transformación institucional y organizacional del estado, basa su actuación en la participación social por medio de la gestión de los asuntos públicos, lo que genera un ambiente de certidumbre en procesos y condiciones de transformación. Un cambio político se traduce en una percepción democrática en todos los ámbitos de la

⁴⁷ Entre los diarios que han presentado esta información cito a El Norte, Milenio, La Jornada y revistas como Proceso y El Chamuco.

⁴⁸ Periódico El Norte. Jueves 25 de junio de 2009. p.10

cultura, no sólo en las reglas electorales sino en las instituciones de mediación, las cuales son un generador de confianza para las distintas redes del sistema. Una red de confianza institucional en materia electoral no se genera verticalmente, parte de instrumentos de auténtica mediación cultural.

Por lo tanto, la implementación de un sistema de mediación que extienda su influencia hacia la comunicación política, obstaculiza el carácter centralizador y de planificación vertical que por décadas ha impreso su sello en la sociedad mexicana. Una centralización del poder no garantiza respuestas adecuadas u óptimas a las necesidades políticas, pues descarta por completo el entendimiento del gobierno como un factor de cambio en y desde la sociedad y basa su operación en imperativos categóricos establecidos al margen de grupos y organizaciones de la sociedad. El sistema legal en México a pesar de sus múltiples transformaciones en las últimas décadas, aún conserva intacto el código cultural heredado del nacionalismo revolucionario para referirse a su población representada: MASA.

En razón de lo anterior, se requiere un cambio de perspectiva de la forma en que son abordados los procesos de ordenamiento jurídico electoral, en vista de que la construcción de legitimidad necesaria para estas instituciones, se ve sometida a las demandas de los medios de comunicación en cuanto empresas y la falta de participación ciudadana, en cuanto elemento de recepción legislativa. Es decir, los medios participan en la vida política mediante un sistema de vigilancia y legalismo que utiliza “una forma moral para designar algo como un hecho que no es un hecho,”⁴⁹ por lo que hay una inflación representativa motivada por la necesidad de conflicto. Esto significa que el medio se construye en un exceso participativo ya que no busca contribuir a la gobernabilidad mediante una actuación centrada en el orden de legitimidad, sino de una rivalidad desde el ejercicio de la legalidad. Su código frente a la política es COMPETENCIA.

Del lado ciudadano, en cambio, hay una ausencia receptiva, ya que las organizaciones civiles son insuficientes para formar contrapesos y este escenario refleja el código cultural que la población ha desarrollado a través de varias generaciones de improntas perceptivas cuando se escucha la palabra política: DESCONFIANZA y CORRUPCIÓN. Así que navegar a contra corriente de códigos culturales establecidos durante décadas y reforzados continuamente por el sistema de información, es una necesidad urgente si se aspira a construir una democracia factual basada en instituciones de mediación.

Dicha labor constructiva, no es simple ni sencilla, nos lleva ante todo al problema de fondo en lo relativo a conceptos como democracia, comunicación e identidad cultural en referencia a la llamada globalización. Como el antropólogo Claudio Lomnitz ha identificado al respecto: “El término globalización es engañoso, pues se refiere, ante todo, a una interconexión en el plano de la economía y de las comunicaciones, más no conlleva necesariamente un sentido de comunidad”.⁵⁰

Este sentido de comunidad que forma uno de los dos objetivos claves de las instituciones mediadoras, nos puede llevar a establecer un marco social estratégico en torno al multiculturalismo, en el cual podamos explorar posibilidades y dificultades de las formas

⁴⁹ Niklas Luhmann. *Op.cit.* p.116

⁵⁰ En *Modernidad Indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. Ed. Planeta. México, 1999. p.66

en que la globalización invade los diferentes espacios políticos, económicos y culturales. La función de mediación es clave para una organización integral de las expectativas de participación social. De manera lamentable, esta función se comprime cada vez más, mientras la población sigue orientándose a un sentido atomizado de lo público.

El ejercicio de una función de liderazgo social es clave para el desarrollo de una nueva estrategia de comunicación política, pero en la actualidad, esta función se relega a la actuación de los medios mediante el ejercicio de la opinión, y en el caso de la política el liderazgo toma claros matices de conservadurismo, ajeno a innovaciones y puntos de vista críticos respecto a la sociedad. En las décadas de administración neoliberal el tema de la seguridad se convierte en el enlace perfecto para el atomismo político, ya que invade como exigencia todos los ámbitos y esquemas de la vida comunitaria, desde el empleo hasta el ámbito judicial. La seguridad como elemento de la sociedad se singulariza, presenta perfiles individuales que dejan su huella en la organización del estado, la comunidad o las ciudades, pues no es de extrañar que cada ciudadano convierta su casa en fortaleza, forme grupos de interés cada vez más gregarios —donde la política, el dinero o la religión tengan una filiación simple— y compartimentados mientras el mercado inmobiliario genera vivienda masiva en franco retorno a los muros de las ciudades del Medioevo.

Puede resultar sorprendente que en una nación surgida de dos luchas armadas independentistas y revolucionarias, la impronta cultural para el liderazgo político sea la conservación, pero hay un creciente anhelo popular por el orden en nuevos movimientos sociales, que en su mayoría son reconstituyentes y no iconoclastas respecto al poder. Y la mayor parte de la interacción entre los poderes políticos, los medios de comunicación y la sociedad, parte de un escenario fársico y de exageración emotiva. La demanda de seguridad contribuye a la creación de este escenario de emotividad, ya que la confianza en nuestro sistema político demanda líderes que tengan un programa específico: mantener las cosas estables y no tratar de cambiar ni transitar con las instituciones a nuevos órdenes de justicia y equidad social. En México el ámbito de elección no consiste en la elegibilidad del ciudadano más capacitado para el ejercicio de gobierno, si no de la confianza otorgada al menos malo y que es capaz de respetar un acuerdo común que consiste en dejar todo como está, pero, en medio de una propaganda espectacular de los hechos que se mantenga en el plano de lo posible, pero nunca realizable.

Tenemos entonces un auténtico culto a la imagen y la apariencia que invade diversos estratos de la sociedad y que permite que la legislación en México sea un asunto paradójico, pues mientras se subraya el cumplimiento de una ley a partir de lo constitucional, inmediatamente diversos sectores aspiran a manejar privilegios o salidas por medio de situarse en los límites de esta legalidad. En México, el código cultural para la mediación institucional no apunta a la comunidad, sino a sostener un privilegio individual al costo que sea.

Todo comienza entonces en ese perfil individualista de la modernidad donde la identidad permanece como ficción y el *topos* arraigado en ella intenta presentarse como “democracia participativa”, es decir, la pretendida fusión identitaria entre voluntad política procedente de un mecanismo electivo con representantes y representados.⁵¹ La distancia

⁵¹ Bruno Accarino. Representación. Léxico de política. Nueva Visión. Buenos Aires, 2003.

entre ambos elementos, sin embargo, dista mucho de presentar una fórmula simple de identidad y representación, ya que la comunicación es un elemento central de estos nuevos procesos sociales y políticos.

Así, la reforma electoral aprobada por el senado apunta a una transformación en las reglas electorales por parte de particulares, gobierno y empresas, pero al parecer de escaso ejercicio factual por parte de los medios de comunicación, los cuales no han dejado de transmitir *spots* de propaganda electoral ni “infomerciales” de gobierno entre las campañas, además de preparar su entrada al congreso por medio de representantes del PVEM,⁵² mientras ostentan un poder económico que sin ambages goza del subsidio gubernamental (60% de 1800 millones de la partida 3700 del Gobierno Federal para servicios de comunicación y publicidad) como forma de congraciarse por la pérdida de otros beneficios en tiempos electorales.

A pesar del beneficio económico recibido del gobierno federal, sus críticas constantes al sistema de partidos y la participación abierta y velada a la anulación del voto en julio de 2009, los medios revelan una gran efectividad en la creación de información cruzada y el respaldo a determinados políticos creándoles un auténtico capital simbólico, tal como se genera en el encumbramiento del gobernador mexiquense Enrique Peña Nieto a través de sus constantes apariciones y entrevistas preparadas en cuyo tiempo total al aire, se supera incluso al presidente de la República.⁵³ El ejemplo perfecto de que en la política de los medios de comunicación, la razón de interés predomina sobre la de estado. Por desgracia este gran ámbito de influencia se mantiene al margen de un funcionamiento de mediación como legitimidad y se desarrolla en virtud de un reparto de poderes y privilegios particulares (donde interviene también el aparato legislativo), dando lugar a un choque del que difícilmente se tiene una ganancia y en cambio se transita en pérdidas constantes de representatividad.

Si el destino de este vaivén es el vacío en la representación de la política, el escenario de un futuro posible para todos aquellos que no nacimos con la computadora (y que no somos de una élite política o empresarial) luce aterrador, pero, para una nueva generación puede significarle algo completamente distinto, un deseo de orden, repetido, asistido, gestado en una década donde la calidad educativa, la confianza institucional y la crítica social se retraen mientras la imagen, el rito y las apariencias forman un nuevo horizonte de implosión cultural, donde la satisfacción del ego y el deseo de seguridad forman la clave necesaria para la consolidación de un poder que no necesitaría instituciones mediadoras, sino la tranquilidad de emociones controladas a través del juego, el espectáculo y el chisme.

El futuro de las reformas no podrá caminar al margen de escenarios probables, sólo nos queda esperar que haya reconocimiento a la legitimidad y no pura legalidad detentada a partir de la fijación de normas sin reconocimiento en su factor de construcción social. Pero este deseo es más una cuestión de fe que de confianza.

⁵² La página de Proceso cubre con amplitud informativa esta estrategia y acciones. Diario Reforma, Domingo 28 de junio de 2009. p.12

⁵³ Esta información procede de la página de análisis de la revista Ronda. 07/08/2009. p.28

Bibliografía

- ACCARINO, Bruno. *Representación. Léxico de política*. Nueva Visión. 1ª ed., Buenos Aires, 2003.
- AGUAYO, Quezada Sergio. *México en cifras*. Grijalbo. 1ª ed; México, 2002.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación*. Estudios sobre historia cultural. Gedisa. 6ª Reimp; Barcelona, 2005.
- FERRY – Wolton y otros. *Las transformaciones de la publicidad política*. En *El nuevo espacio público*. Gedisa. 2ª Reimp; Barcelona, 1998.
- HABERMAS, Jürgen. *Ensayos políticos*. Península. 1ª ed; Barcelona, 2002.
- LOMNITZ, Claudio. *Modernidad Indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. Ed. Planeta. 1ª ed; México, 1999.
- LUHMANN, Niklas. *La realidad de los medios de masas*. UIA / Anthropos. 1ª.ed., Barcelona, 2000.
- MCQUAIL, Denis. *Introducción a la teoría de comunicación de masas*. Paidós. 2ª ed; México, 1996.
- MURDOCK, Graham. *Organizar lo imaginario, control y autonomía de la comunicación masiva*. Premià. México, 1998.
- REYES, Gerardo. *Los dueños de América Latina*. Ediciones B-Grupo Zeta. México, 2003.
- SÁNCHEZ, Miguel Ángel (Coord). *Libertad y justicia en las sociedades modernas*. Porrúa. 1ª ed; México, 1994.
- UVALLE, Berrones Ricardo. *Condiciones, procesos y horizontes en la transformación institucional y organizacional del Estado contemporáneo*. Iztapalapa, revista de ciencias sociales #56. UAM. México, 2004.

Ciudadanía, redes sociales y gobernanza: elecciones 2012⁵⁴

Una tercera parte de la población mundial experimenta ya un cambio relacionado con el consumo de información por internet. Al mismo tiempo un crecimiento exponencial de la telefonía móvil lleva a que dos terceras partes de la humanidad tengan enlaces de comunicación digital al mismo tiempo que un medio tradicional, es decir surgido en la primera mitad del siglo XX, la televisión, llegue a estadísticas de cobertura cercanas a la totalidad de la humanidad. Para poner un ejemplo extraordinario, México, un país que aún cuenta con vastas regiones rurales —subdesarrolladas—tiene sin embargo, la mitad de sus hogares con servicios de telefonía móvil y más del 90% de los mismos con una televisión.

Si bien continuamente se habla de la revolución digital propiciada por el internet en un esquema de sustitución de tecnología, la realidad es que ninguna de las llamadas TIC (Tecnologías de la información y comunicación) presupone la desaparición de la otra en un esquema de corto plazo. Cada una de ellas se convierte de forma gradual en una especie de soporte multidimensional, de la misma forma que la telefonía fija sobrevive al auge del teléfono celular.⁵⁵

La explicación no es simple y el problema parece girar en torno de la adaptación e interpretación de los contenidos en diferentes niveles. El auge de las redes sociales digitales no significa la desaparición de la rentabilidad de la televisión, un medio muchos menos singularizado, pero capaz de una selectividad que aún no posee internet, es decir, capaz de reducir la complejidad de tal manera que la información se convierta en un sistema con cierto orden para el observador. Este asunto, vale también para el cine, pues si bien la oferta de consumo tiene una amplitud infinita en la red, la sala de cine constituye una experiencia comunicativa más allá de la posibilidad que puede ofrecer un monitor colgado a extensas bases digitales, pues el público acude en gran escala a algo que excede la racionalidad radical de un producto y se mueve más en función del mito y el rito.

Jean Baudrillard enunciaba con mucho acierto que el “objeto, dado, empírico, en su contingencia de forma, de color, de materia, de función y de discurso, o, si es cultural, en su finalidad estética, tal objeto es un mito”.⁵⁶ En este sentido, el politólogo italiano Giovanni

⁵⁴ Este texto fue premiado con Mención Honorífica en el XIII Certamen de Ensayo político convocado por la Comisión Estatal Electoral de Nuevo León en octubre de 2012.

⁵⁵ W. Russell Neuman presenta una característica clave de este proceso adaptando las conclusiones de historiadores de los medios como Merrill y Lowensatein: “Cuando se introduce un nuevo medio, inicialmente es adoptado por una elite educada que tiene las habilidades culturales y los recursos financieros para llegar a ser usuarios tempranos. En la medida que el precio del nuevo medio baja y llega a ser ampliamente aceptado, éste prioriza cada vez más contenidos de gustos masivos y es dominado por la economía de la audiencia masiva. Pero cuando surge un nuevo medio competitivo, el antiguo medio se debe especializar y obtener ventaja de su singular atractivo tecnológico para sobrevivir. Ver *El futuro de la audiencia masiva*. F.C.E. Chile, 2002. p.273.

⁵⁶ *Crítica de la economía política del signo*. Siglo XXI Editores. México, 1995. p.52

Sartori hablaba también de un desplazamiento hacia lo imaginario a partir de la primacía de lo visible sobre lo inteligible,⁵⁷ cuyo resultado es básicamente lo que llamamos en tono sarcástico, pero también dramático al mismo tiempo como “analfabetismo funcional” que no es otra cosa que una sociedad espectáculo cuya regla de operación clave está en un ver sin entender.

Por otro lado, este ver sin entender que a Sartori le parece representativo de un medio monovalente como la televisión, al momento de hacerse extensivo a la internet se topa con múltiples problemas interpretativos pues la navegación virtual alude a un proceso más activo y estimulante para la interacción social, situación que el docto analista sigue manteniendo en el estricto campo monovalente:

*“La paideia del video hará pasar a Internet a analfabetos culturales que rápidamente olvidarán lo poco que aprendieron en la escuela y, por tanto, analfabetos culturales que matarán su tiempo libre en Internet en compañía de almas gemelas deportivas, eróticas o de pequeños hobbies”.*⁵⁸

La asociación entre medio tecnológico nuevo y recepción pasiva, en detrimento de la escritura por lo visual, tiene ya una larga historia cultural. Este aspecto singular y paradójico, ha sido expresado con anterioridad por diferentes culturas y civilizaciones que han estado en posibilidad de establecer un control sobre los sistemas de referencia en una territorialidad, de tal manera que para el cristianismo por ejemplo, en ciertos momentos de su historia la conveniencia en el uso de imágenes de carácter figurativo ha generado auténticas querellas entre iconólatras e iconoclastas desde el debate teológico hasta la decisión vivencial de muchas sectas y cultos emergentes.

También, no es un hecho fortuito el papel desempeñado por las políticas de comunicación sobre lo imaginario en el fenómeno del colonialismo, pues como la extensa obra de Serge Gruzinski ha mostrado para los siglos XVI-XVII en América Latina,⁵⁹ una forma de reducir la complejidad presente en entornos hostiles o desconocidos para los occidentales ha sido la capacidad para controlar, imponer o adaptar las prácticas expresivas utilizando como detonante fundamental las imágenes y las emociones de las culturas subalternas.

A partir de este reconocimiento al papel fundamental de la cultura como un vector de primera importancia en la representación de las tecnologías de la comunicación, quisiera presentar la siguiente serie de reflexiones en torno a la comunicación y el espacio público con un especial interés centrado en la ciudad, el poder y la gobernanza tomando como pretexto el caso de las redes sociales y la conducta electoral.

⁵⁷ Cfr. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus. México, 2001.

⁵⁸ *Ibid*, p.57

⁵⁹ Ver *La colonización de lo imaginario: sociedades indígenas y occidentalización en el México español, s.XVI-XVII*. F.C.E. México, 2007.

Las respuestas al cambio y el valor de la novedad

El valor del cambio emocional en la tecnología ha sido ignorado con frecuencia en los debates politológicos. Aún más notable resulta esta omisión en las ideas de gobernanza que se han constituido en la base de los análisis de cultura política desde las últimas décadas del siglo XX a la fecha. Con la presentación del informe *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commissions* (1975) a cargo de Huntington, Crozier y Watanuki,⁶⁰ se expresa una tendencia racionalista en función de trasladar la gobernanza al sentido organizativo de la acción.

Este análisis pone su acento en la relación administrativa y los agentes que intervienen en los procesos de gobierno así como la confrontación directa entre el gobierno representado por el Estado y la sociedad civil. Este informe sin duda aboga por situar bajo un peligro inminente el surgimiento de una democratización excesiva y su necesaria funcionalidad, considerando un autoritarismo suave o blando capaz de regular la disidencia.

J.E. Sánchez hace una interesante observación al respecto de esta tendencia que en virtud de un debilitamiento programático del estado hace hincapié en un fracaso del gobierno formal, pero que plantea de fondo un escenario de incertidumbre a la gobernabilidad:

*“Este tipo de tendencias, consideradas como parte del pensamiento posmoderno donde se propugna el debilitamiento del Estado en un proceso de liberalismo hacia las instituciones de la sociedad civil y del mercado (flexibilización, desregulación), plantea incógnitas respecto de la representatividad de las nuevas instituciones, a las que se les confiere un nuevo poder de decisión e intervención, respecto de quién debe iniciar y liderar los procesos de intervención socioterritorial, o sobre quién recae la función y responsabilidad de encararse con los procesos de desigualdad territorial o de equidad social”.*⁶¹

Y si esta interpretación de la gobernanza abre una disputa entre gobierno formal y sociedad civil a partir de la crisis de la elección representativa, la tesis ofrecida por el Banco Mundial desde 1989,⁶² llega a proponer la idea del “buen gobierno”, tomando como indicadores de bienestar el grado de descentralización y privatización de la economía en aras del cumplimiento de un liberalismo absoluto.

De estas dos ideas surge el panorama contextual de las ideas sobre gobernabilidad en que se desarrolla el surgimiento de la nueva tecnocultura desde mediados de los noventa: una limitación de la democracia representativa en los procesos de gobierno y el retorno del desarrollismo en la forma del *good governance*, sin el cual un país no podría alcanzar nunca su pleno desarrollo antes de cumplir con el ideario del liberalismo.

⁶⁰ Publicado por New York University Press. Nueva York, 1975.

⁶¹ Joan Eugeni Sánchez. La gobernanza desde la óptica del poder y las escalas. En Ciudad, poder gobernanza. Gloria Yañez y Arturo Orellana (Edts). Colección RIDEAL. p.25

⁶² En *Sub-Saharan Africa. From Crisis to Sustainable Growth. A Long-Term Perspective Study*. Washington DC: The World Bank, 1989.

La recepción de ideas en un amplio espectro, que excede por completo los cánones de la territorialidad asociados tanto al modelo de la democracia representativa como al gobierno formal, son un aspecto problemático que ha tratado de solventarse mediante la inclusión de la ciudadanía en funciones de vigilancia o tutela de la actuación de los poderes gubernamentales. Esta función tutelar o de vigilancia se deposita como estrategia en la comunicación política. Para el sociólogo Alain Touraine, ello es característico del advenimiento de una forma social donde: “La vida política ya no constituye sino una parte de la vida pública, y ésta está dominada por un pluralismo que se nos revela incluso como la definición de la democracia”.⁶³

Las implicaciones de esta reducción de lo político en lo público, tienen un efecto singular caracterizado por la teoría de Touraine y muy revelador de la disociación en el caso mexicano como es la importancia creciente de la comunicación política a través de programas de televisión y espacios en semanarios, revistas y periódicos, es decir una vida pública que presenta actores políticos en términos de personalidades de importancia, pero que no es reflejo de una vida pública politizada sino de un debilitamiento de la representación política, una expresión débil de lo político, donde las demandas sociales o los intereses estatales son separados desde una creciente especialización del manejo de estrategias de mercadotecnia, publicidad y acuerdos que presentan a los políticos en un papel de intermediarios entre los intereses que rodean el gobierno, por medio de un papel administrativo de la gobernanza.

La novedad dentro de un escenario de crisis de la representatividad política y un auge desconocido en las tecnologías de comunicación basadas en redes de interacción continua, tiene pocos antecedentes visibles en la conducta electoral, pero dos casos bien conocidos son una muestra de las formas en que el valor del cambio es parte de la respuesta a este escenario de fuerte presencial comercial y electrónica de la política: la elecciones de los EUA que llevaron al poder a Barack Obama y el proceso de elección presidencial 2012 de México. En ambos casos, el papel desempeñado por la comunicación es fundamental para entender el comportamiento que permite el surgimiento del activismo político en las redes sociales, impulsadas por la tecnología digital. Pero si bien estos sucesos tienen una causa común, su operación presenta dos lógicas importantes que requieren una observación profunda desde el ámbito de la gobernanza.

Un origen, dos formas de hacer política digital

Las redes sociales significaron un lugar clave para la campaña del ex senador Obama. Desde su anuncio para contender por la presidencia de los EUA en 2007 con la derrota de la antes favorita entre los electores y miembros del Partido Demócrata, Hillary Clinton, hasta su triunfo en la elección presidencial de 2008, el primer presidente afroamericano de los EUA contó con una importante estructura electoral en la cual la campaña digital se reveló como un auténtico punto de contacto para el intercambio ideológico y económico con sus seguidores.

⁶³ En *Comunicación política y crisis de la representatividad*. Ver Jean-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros. *El nuevo espacio público*. Gedisa. p.54

Alrededor de 13 millones de contactos en las redes Facebook y Myspace, 2 millones más en su sitio web oficial y aproximadamente 2,000 videos vistos unas 15 millones de veces en youtube dan cuenta del extraordinario poder de convocatoria de los medios digitales que a su vez repercutieron activamente en la campaña de recaudación más exitosa para un candidato a elección presidencial del vecino país, con más de 500 millones de dólares.⁶⁴

La estrategia de Ben Self, coordinador de la estrategia aplicada a la campaña digital propuso varios puntos de acción política: información constante a través de un proceso de actualización digital ininterrumpida, estimulación para el contacto personal una vez que se encontraban abiertos los canales desde las redes, aplicación del principio “*the more voters are asked, the more they gave*” bajo el cual se construye una participación voluntaria a base de la petición a simpatizantes, nunca dejar de informar sobre ningún detalle del proceso —aclarar, precisar, declarar— y la promoción entre sus seguidores de un ambiente de libertad para crear campañas personalizadas.

El resultado fue la capacidad de crear un fuerte mecanismo de inclusión para los seguidores y el atenuar de inmediato el contenido de las campañas negras que son de uso frecuente entre los publicistas y estrategias de partidos conservadores.⁶⁵ Este resultado, exitoso finalmente desde la lógica electoral, revela una tendencia a la actividad política desde la participación ciudadana que se resuelve dentro del marco de expectativas de las instituciones. Tal funcionamiento abrió la posibilidad de solucionar la conocida tesis abierta por Samuel Huntington acerca de la disparidad y contradicción entre la emergencia de nuevos grupos y la institucionalidad política.⁶⁶

La emergencia del uso en las nuevas tecnologías de redes y su reducción sistémica a través de líneas institucionales, generó la posibilidad de tener cierta noción de orden en el caótico mundo de las opiniones digitales. Este orden caótico y de desestabilización que permite la legitimación de cierta teatralidad de la política, es decir, de sustitución de fenómenos de ingobernabilidad por intercambios equitativos de signos y señales,⁶⁷ justifica lo que Huntington define como la tarea de gobernanza ante el surgimiento de marginalidades nuevas y antidemocráticas donde “...la disminución de la marginalidad de algunos grupos requiere ser remplazada por más autorrestricciones de todos los grupos”.⁶⁸

⁶⁴ <http://anapolo.wordpress.com/2009/03/08/14/>

⁶⁵ Una línea común entre los partidos de tendencia derechista es el acuse constante a los adversarios por medio del rumor y la campaña negra desde temas como libertinaje sexual, mala administración de recursos e inseguridad derivada de la falta de aplicación de un concepto “fuerte” de las leyes. Estos partidos, son algunos de los principales promotores de la administración de lo que el sociólogo Zygmunt Bauman llama “capital del miedo” que se constituye por el uso comercial y político de la seguridad: “La ley y el orden, reducidos cada vez más a una mera promesa de seguridad personal, se han convertido en un importante (si no el más importante) argumento de venta en los programas políticos y las campañas electorales”. En *Vida líquida*. Paidós. p.95

⁶⁶ Samuel Huntington sostiene que hay un déficit en las instituciones políticas para entender el uso que la sociedad civil hace de los nuevos medios electrónicos y en consecuencia una polarización basada en el enfrentamiento carisma vs tradición que impedirá la cohesión social. Ver *Postindustrial Politics: How Benign Will It be?*. 1974. Comparative Politics 6.

⁶⁷ Tesis defendida por Roger Bartra en *Las redes imaginarias del poder político*. Pre-textos. Valencia, 2010. p.336

⁶⁸ Samuel Huntington. *Op.cit.*114

Una legitimidad basada en la noción de colaboración y consenso será la encargada de absorber diversidad y disidencia, utilizando incluso, el desorden creativo para observar la capacidad de predisposición y adaptación a diferentes situaciones y escenarios de gobernabilidad.⁶⁹ Esta perspectiva legada por las teorías de los *new politics*, en la comunicación encontró su paralelo desde la noción de “vacío medial” que identifico en 1980 el entonces ministro de telecomunicaciones de Japón, Tetsuro Tomita. La tesis del vacío medial identifica un área en la cual las comunicaciones de pequeños grupos y grupos de interés son adaptables a las fortalezas de nuevos medios. Bajo actividades cuasi grupales capaces de articularse a través de una intersección de lo público y lo privado.⁷⁰

La noción utilitaria de este comportamiento de conexión a través de la mercadotecnia como en la campaña de Obama, abrió una veta para las estrategias electorales en diversos países, que desde ese momento vivieron un auténtico auge a través del posicionamiento digital como una forma cada vez más necesaria de establecer contacto con los electores. La política tradicional se valió del vacío medial para crear una forma operativa desde cauces institucionales.

Ante esta situación, cabría suponer que en el proceso electoral mexicano del 2012, tendríamos una variante más de la intersección digital de alguna forma dirigida por líneas de gobernanza. Pero dicho panorama no sucedió. Desde un primer momento, la preponderancia en el manejo informativo e ideológico, tanto de las campañas de los partidos como de los recursos informativos, se catapultó a través de los medios tradicionales de comunicación: prensa, radio y televisión. Las campañas digitales fueron dedicadas a las figuras de los candidatos en el mismo esquema de publicidad tradicional que el proselitismo televisivo y radiofónico: seguidores de una causa a través de una página web vista como un contacto terminal.

El vacío medial en el caso mexicano, sólo fue parcialmente atendido por el equipo de campaña del candidato de izquierda Andrés Manuel López Obrador quién tuvo como presencia digital desde 2004 el llamado *Sendero del peje*, un blog de noticias, fundado por Víctor Hernández, que fue un parteaguas en el intento de hacer política con una tendencia de izquierda conservando una orientación ciudadana.

Tiempo después y dado su éxito mediático en la documentación de las anomalías del proceso de elecciones del 2006, se integra al proyecto el periodista y exdirector del diario Milenio Federico Arreola, lo que lleva a algunos cambios sustanciales en la orientación del espacio; tales cambios terminan con Hernández dejando el proyecto en 2011 en manos de un nuevo equipo encargado de seguir, no sólo las acciones del político tabasqueño sino los errores del candidato que los medios de comunicación tradicionales colocaban como puntero en las encuestas hacia el 2012, Enrique Peña Nieto del PRI.

El nuevo proyecto SDP noticias cubre desde diversos ángulos informativos y publicitarios tanto la colocación de las ideas del candidato de la izquierda como de la campaña negra en torno a las pifias frecuentes del candidato del PRI. A diferencia del anterior espacio centrado en el aspecto ciudadano de los integrantes del blog, el proyecto de Arreola reflejó un intento de explotar el vacío medial que el creciente uso de redes sociales

⁶⁹ Cfr. Orion White Jr y Gideon Sjoberg. *The Emerging New Politics in America. En Politics in the post-Welfare State*. Hancock y Sjoberg (edts). Columbia University Press. Nueva York, 1972.

⁷⁰ En W. Russell Neuman. *Op. Cit.* p.75-76

como Twitter y Facebook tienen en el sector juvenil, dando por resultado el intento de establecer contacto continuo con los usuarios de estas redes. SDP cuenta con más de 50,000 seguidores en Twitter y más de 700,000 likes en Facebook.

Su plan de concentrar información referente al excandidato de la izquierda, López Obrador con las formas en que se comunican los usuarios de las redes, es un éxito en México, pero constituye un caso digno de observación en la medida en que no tiene como punto de partida, completar el círculo propagandístico que en la cultura política norteamericana lleva a un voluntariado extenso y donaciones económicas. Para el caso de México, SDP cumple con una función antagonista a la de los medios de comunicación tradicionales. Presenta desde una forma aparente de imitación de la cultura oficial — espacio de neutralidad valorativa e inclusión— un punto de vista alternativo a las opiniones de estos medios que desde el ámbito de la recepción de la mayor parte de los usuarios de las redes sociales, son representantes de la oficialidad, es decir de un sistema político articulado por los intereses empresariales de las compañías de telecomunicaciones y sus actores políticos.

Mientras que el modelo norteamericano, deviene en cierto consenso de legitimidad aprobada en el triunfo de Barack Obama, el proceso electoral de México fuertemente cuestionado desde 2006, en el 2012, presenta una auténtica guerra ideológica, librada en los espacios digitales, pero también en una nueva salida a las calles por parte de una población juvenil descontenta con las perspectivas de futuro en un país con crecimiento económico limitado y una alta dosis de violencia motivada por la lucha de los gobiernos de la nueva derecha contra el narcotráfico. Ninguna de las fuerzas políticas oficiales en juego en 2012, parece reivindicar el uso pleno de las redes sociales desde una integración sistémica. La izquierda de una forma parcial atiende el asunto, pero es rebasada por completo en función de las demandas de actores políticos emergentes como el Movimiento Yo soy 132.

El resultado es que el proceso de integración, teatralización en palabras de Bartra, simulacro en las de Baudrillard, operativo para las *new politics* norteamericanas y en ejercicio en la campaña presidencial de Obama en 2008, carece de un sustento adecuado de articulación en función de la legitimidad que se pretende para construir una gobernanza basada en la democracia electoral para el caso mexicano. Esto produce un desajuste entre las instituciones electorales y las demandas de nuevas marginalidades, como es distinguible en la juventud mexicana que ya no reconoce como punto de contactos informativos a los medios de comunicación tradicionales (radio, prensa y televisión) sino el uso extensivo de redes sociales digitales y bases de datos multimedia. Este consumo pretendidamente geométrico y regular en las *new politics* norteamericanas, es rizomático y laberíntico en la juventud mexicana y requiere evadir las explicaciones simplistas con que algunos editorialistas y comunicadores parecen impugnar más que analizar dicha situación.⁷¹

⁷¹ La portada principal del diario Milenio, de circulación nacional, apenas terminado el dictamen del TEPJF y la entrega del último informe de gobierno (2/08/2012), ante una serie de protestas y llamados a la resistencia en diferentes puntos del país, lanza una provocación impactante: “Protestas light en las calles y en el congreso” y en una nota cercana a este encabezado habla de las experiencias de actriz de la hijastra del ahora presidente de México: “No pienso dejar la actuación aunque viva en Los Pinos”.

Conclusión: de vuelta a la opinión y al espacio público

Habermas hace algunos años trataba de encontrar un concepto sociológico para comprender la opinión pública. Aún con toda su sabiduría y plena reivindicación de la intersubjetividad, en cuanto al tema de la comunicación y la opinión pública, no pareció encontrar una solución distinta al racionalismo sistémico:

*“Análogamente se modificarían también las formas hoy determinantes del ejercicio y la compensación del poder, es decir, el consenso y el conflicto: un método de controversia pública llevado del modo descrito podría relajar las formas coercitivas de un consenso obtenido bajo presión, e igualmente podría suavizar las formas coercitivas del conflicto, sustraído, hasta el presente, a la publicidad”.*⁷²

Esa noción utilitaria de la opinión pública tratada de aprovecharse a través de cánones institucionales, con vista a crear un mecanismo de legitimación para la gobernanza permanece miope tanto para la teoría como para los gobernantes en su papel de administradores mientras que el juego de posibilidades no parece ser tan dúctil como se esperaba. Si bien hoy en día las carencias organizativas de movimientos como Yo soy 132, de clara ascendencia juvenil,⁷³ reflejan una escasa vinculación efectiva del movimiento con otros sectores sociales y grupos de interés —edad, causa, nivel social— como la estrechez de visión política ya que se basa en una perspectiva anti-priista y anti-Peña Nieto, el resultado fue una experiencia electoral con una fuerte presencia digital que se dejó sentir por primera vez en las elecciones del 2012.

Varias preguntas rodean sin embargo, la capacidad de movilización y su impacto en el escenario político nacional. De forma clara las redes sociales contribuyeron con expresar de manera clara el vacío medial de la política mexicana y la escasa vinculación de esta a través de sus mecanismos tradicionales de información. El retorno del activismo político, la toma de la palabra y la ocupación de las calles, son una emergencia resultante de un sistema encadenado fuertemente a un concepto de opinión pública obsoleto, entendido como una actividad de ilustración. La cual presupone un fuerte control de información, dado que apuesta por una tendencia materialista de la opinión.

La manera en que esta tendencia opera en las instituciones mexicanas para tratar de normar por canales institucionales las posibles desavenencias, mantiene una estrechez increíble aún no superada en la primera década del siglo XXI, y contradice con severidad uno de los principios fundamentales del intercambio comunicativo de carácter público:

⁷² En *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Gustavo Gili. 1994. p.274

⁷³ El asambleísmo constante y la continuidad a una causa trascendente al mero ambiente de contienda electoral son ahora dos problemas importantes que reflejan el desgaste paulatino de dicho movimiento tras los comicios y su consecuente proceso de validación. Sus propios voceros expresan el reconocimiento de este desgaste que enfrenta el movimiento en sus últimas movilizaciones. Fuente: Periódico El Norte. Domingo 19 de agosto del 2012.

*“Para que sea válida esta comunicación, el hecho debe ser lo más cotidiano posible, de forma que sea interiorizado como posibilidad personal. Para que sea útil, la comunicación no debe superar el estricto marco divulgativo para ser accesible a todos los miembros sin excepción del grupo. Para que sea una comunicación auténtica, todos los interlocutores deben poder expresarse a un nivel parecido y con iguales derechos, obviando en cierta forma al especialista. Un espacio de opinión pública no es una clase magistral sino un club de iguales”.*⁷⁴

La ocupación de la política en los medios de comunicación tradicionales, con toda su preponderancia y saturación ha terminado por inducir un efecto contrario al de la ilustración que persigue a base de continuas referencias académicas, científicas y literarias, ya que parte de una paradoja en su funcionamiento. Opera bajo una lógica de acumulación de la información donde con frecuencia los límites son propuestos por los intereses de los consorcios sostenidos a través de expertos pero, que al mismo tiempo, participan en un juego de simulacros donde constantemente se afirma la identidad del medio como factor de entretenimiento.

Mientras se espera que el espectador sea parte del medio en un sentido pasivo para su parte de entretenimiento, por otro lado, se pretende para el tema político, la recurrente aparición de la cátedra magistral, la pedantería y la autoafirmación como formas de segregación a la opinión. Así es común ver comentaristas de noticias y la vida política nacional como Carlos Marín del Grupo Milenio en la comodidad de su oficina, imprimiendo y leyendo sus correos electrónicos mientras separa en dos grupos las opiniones de quienes lo elogian por su tono valentón y quienes le vituperan y reciben su trato especial, situándoles en un espacio de ignorancia e intolerancia mientras él frente a la cámara representa la imagen del intelectual ilustrado que se permite educar a las masas ignorantes.

Este tipo de comunicación vertical proyectada en los medios tradicionales constituye una auténtica ruptura con un sector juvenil y contribuye a reforzar una brecha que viene surgiendo entre información y entretenimiento como factores de discontinuidad y fragmentación. Cito a García Canclini:

*“Estas no son características solo de los jóvenes con baja escolaridad, sin suficientes encuadres conceptuales y vasta información como para seleccionar y ubicar el alud de estímulos diarios. Es verosímil la hipótesis de que la fragmentación y discontinuidad se acentúan en los jóvenes de clases medias y altas, precisamente por la opulencia informativa y de recursos de interconexión”.*⁷⁵

⁷⁴ José María Perceval. *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación: una perspectiva histórica*. Paidós, 1995. p.66

⁷⁵ Néstor García Canclini. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa, 2005. p.173

Una sociedad emergente que pasa de lo industrial y mecánico a una automatización eléctrica como veía McLuhan,⁷⁶ presenta diversas formas de contradicciones culturales que no van en el mismo sentido que la lógica de ascendencia estrictamente económica que sirvió de base durante tantos años para interpretar el conflicto en las diversas ciencias sociales. Satisfacción, seguridad, emoción, comunicación, son conceptos con una fuerte carga representativa, cuya motivación se mueve en términos de identidad, reciprocidad, diferenciación. Flujo de significados que habla más de una cultura global que no está fincada en la mundialización de choques entre civilizaciones cerradas unas frente a otras, sino de un proceso de individuación que amalgama la alteridad cultural en la forma de individualidades, autonomías y derechos.⁷⁷

La fluctuación del capital cultural y social, a pesar de su intangibilidad, es un asunto de primera importancia en la articulación de un proceso de gobernanza pues es ahí, donde se forjan las estructuras de las relaciones del sistema social. Bajo esta perspectiva, las redes sociales desempeñan un ejercicio vinculante que hace necesaria una mayor atención en su faceta tecnológica digital. Faceta profundamente relegada en la cultura mexicana para el análisis y abundante en propaganda, repleta en contenidos y herramientas, pero de nula reflexión y perspectiva, por tanto, escasa capacidad prospectiva.

Bibliografía

- Bartra, Roger. *Las redes imaginarias del poder político*. Pre-textos. Valencia, 1ª ed; 2010.
- Baudrillard, Jean. *Crítica de la economía política del signo*. Siglo XXI Editores. México, 1995.
- Bauman, Zygmunt. *Vida líquida*. Paidós. Barcelona, 1ª ed; 2006.
- Ferry Jean, Marc, Dominique Wolton. *El nuevo espacio público*. Gedisa. Barcelona, 1988.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa, 1ª ed; 2005.
- Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario: sociedades indígenas y occidentalización en el México español, s.XVI-XVII*. F.C.E. México, 6ª Reimp; 2007.
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Gustavo Gili. Madrid, 1994.
- Huntington, Samuel. *Postindustrial Politics: How Benign Will It be?*. Comparative Politics 6; 1974.
- Lipovetsky, Gilles. *El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria*. Anagrama.

⁷⁶ Cfr. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. Ed. Diana. México, 1975.

⁷⁷ Reconocidos a través de la refutación de Lipovetsky acerca de la tesis de Huntington del choque de civilizaciones. Mientras Huntington ve la cultura global como un escenario de guerra entre culturas distintas, Lipovetsky describe una cultura planetaria con procesos de individuación no lineales impulsados por ciclos de interacción simbólica y tecnológica. En *El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria*. Anagrama. p.68

- McLuhan, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. Ed. Diana. México, 6ª Reimp; 1975.
- Newman, Russell W. *El futuro de la audiencia masiva*. F.C.E. Chile, 1ª ed; 2002.
- Perceval, José María. *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación: una perspectiva histórica*. Paidós, Barcelona, 1ª ed; 1995.
- Sartori, Giovanni. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus. México, 10ª Reimp; 2001.
- White Jr., Orion y Gideon Sjoberg. *The Emerging New Politics in America. En Politics in the post-Welfare State*. Hancock y Sjoberg (eds). Columbia University Press. Nueva York, 1972.
- Yañez, Gloria y Arturo Orellana (Edts). *Ciudad, poder gobernanza*. Colección RIDEAL. Santiago de Chile, 2010.

CAOSOPOLIS
Apuntes para tratar de entender
la rutina de las ciudades mexicanas
de Ramón Ramírez
se terminó de imprimir y editar
en los talleres gráficos de
OFICIO EDICIONES
en Noviembre de 2012
Se imprimieron 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición

Monterrey, N.L., México